



Ninguna calle termina en la esquina

Historias que se leen y se escriben en la cárcel

Luciana De Mello y María Elvira Woinilowicz

Ninguna calle termina en la esquina

Ninguna calle termina en la esquina
Historias que se leen y se escriben en la cárcel

Luciana De Mello y María Elvira Woinilowicz

Prólogo de Juan Pablo Parchuc



Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Buenos Aires

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES

Decana

Graciela Morgade

Vicedecano

Américo Cristófalo

Secretario General

Jorge Gugliotta

Secretaría Académica

Sofía Thisted

**Secretaría de Hacienda
y Administración**

Marcela Lamelza

**Secretaría de Extensión
Universitaria y Bienestar
Estudiantil**

Ivanna Petz

Secretaría de Investigación

Cecilia Pérez de Micou

Secretario de Posgrado

Alberto Damiani

Subsecretaría de Bibliotecas

María Rosa Mostaccio

**Subsecretario
de Transferencia
y Desarrollo**

Alejandro Valitutti

**Subsecretaría
de Relaciones
Institucionales
e Internacionales**

Silvana Campanini

Subsecretario**de Publicaciones**

Matías Cordo

Consejo Editor

Virginia Manzano, Flora Hilert; Marcelo Topuzian, María Marta García Negroni | Fernando Rodríguez, Gustavo Daujotas; Hernán Inverso, Raúl Illescas | Matías Verdecchia, Jimena Pautasso; Grisel Azcuy, Silvia Gattafoni | Rosa Gómez, Rosa Graciela Palmas | Sergio Castelo, Ayelén Suárez

Directora de imprenta

Rosa Gómez

Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Colección Puentes



Edición y diagramación: Ana Lucía Salgado y María José Rubin, por el Taller de Edición (Programa de Extensión en Cárceles) | Pilar Popovici, como alumna de la Pasantía de Práctica Profesional en Instituciones Públicas u ONG, de la Carrera de Edición.

Imagen de tapa: Ana Lucía Salgado.

Este libro ha sido financiado en parte por el Programa de Voluntariado Universitario, Dirección Nacional de Desarrollo Universitario y Voluntariado, Secretaría de Políticas Universitarias, Ministerio de Educación de la Nación.

ISBN 978-987-4019-36-3

© Facultad de Filosofía y Letras (UBA) 2016

Subsecretaría de Publicaciones

Puan 480 - Ciudad Autónoma de Buenos Aires - República Argentina

Tel.: 4432-0606 int. 167 - info.publicaciones@filo.uba.ar - www.filo.uba.ar

Ninguna calle termina en la esquina : historias que se leen y se escriben en la cárcel / Luciana De Mello ... [et al.]; editado por Ana Lucía Salgado ; María José Rubin ; Pilar Popovici ; fotografías de Ana Lucía Salgado ; prólogo de Juan Pablo Parchuc. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Editorial de la Facultad de Filosofía y Letras Universidad de Buenos Aires, 2016.

120 p. ; 20 x 14 cm. - (Puentes)

ISBN 978-987-4019-36-3

1. Escritura. 2. Cuentos. 3. Poesía. I. De Mello, Luciana II. Salgado, Ana Lucía, ed. III. Rubin, María José, ed. IV. Popovici, Pilar, ed. V. Salgado, Ana Lucía, fot. VI. Parchuc, Juan Pablo, prolog. CDD A860

A todo el Taller de Narrativa.

Índice

Prólogo, <i>Juan Pablo Parchuc</i>	9
Introducción	13
1. Entrar a Devoto	15
2. La mirada del otro	23
Al compás rezongón de los fuelles, <i>Horacio Senet</i>	26
Despertar en domingo, <i>Juan Carlos Pérez</i>	26
El amanecer, <i>Alberto "Cato" Briones Rojas</i>	27
El sol de la alegría, <i>Gastón "Waikiki" Brossio</i>	28
Primer día, <i>Fabio Galante</i>	28
Pequeña fuga, <i>Rodolfo "Cacho" Rodríguez</i>	29
Un día de estudios, <i>Carlos Fleishman Culqui</i>	30
3. El padre	33
Mi gato Tres, <i>Rodolfo "Cacho" Rodríguez</i>	34
Juan Montero, <i>Vicente Sánchez Aguilar</i>	36
El meu pare (mi padre), <i>Mariano Clares Sánchez</i>	39
Carta y texto, <i>Horacio Senet</i>	41
El hermano Alberto, <i>Alberto "Cato" Briones Rojas</i>	44
A dúo, <i>Juan Carlos Pérez</i>	45
4. Narrador y personaje	47
El hombre solitario, <i>Alan García Zumaeta</i>	49
Un día de lluvia, <i>Alberto "Cato" Briones Rojas</i>	52
Apretando los dientes, <i>Gastón "Waikiki" Brossio</i>	57
Dominga, <i>Rodolfo "Cacho" Rodríguez</i>	59
Una vida distinta, <i>Fabio Galante</i>	61

El personaje, <i>Juan Carlos Pérez</i>	66
El perdedor, <i>Juan Carlos Pérez</i>	70
5. Tengo	75
Mi llave, <i>Gastón "Waikiki" Brossio</i>	78
En Braille, <i>Rodolfo "Rudy" Klages</i>	79
Saldo, <i>Juan Carlos Pérez</i>	80
Cuando lo logre, <i>Pablo S. Pérez Brown</i>	81
6. Arlt y <i>El juguete rabioso</i>	83
Pequeño corazón, <i>Horacio Senet</i>	91
Yo, Silvio Astier, o un Juan Pérez de los 30, <i>Juan Pérez</i>	93
Realidad, <i>Alberto "Cato" Briones Rojas</i>	100
Siete pasos, <i>Horacio Senet y Rodolfo "Rudy" Klages</i>	100
Los 200 pesos, <i>Marcelo Spinelli</i>	102
Farolito, <i>Gastón "Waikiki" Brossio</i>	105
El trabajo de Anselmo, <i>Pablo S. Pérez Brown</i>	108
A modo de cierre	113
Agradecimientos	117
Las autoras	119

Prólogo

*Juan Pablo Parchuc**

Este libro empezó a escribirse hace seis años, aunque su primer borrador date de 2013. Reconstruye el primer año de experiencia del Taller de Narrativa que coordinan María Elvira Woinilowicz y Luciana De Mello en el Centro Universitario Devoto (CUD), dentro del Complejo Penitenciario Federal de la Ciudad Autónoma de Buenos Aires (ex Unidad 2). Además de difundir parte de los materiales producidos por los participantes del taller, el libro propone una reflexión sobre la literatura y la escritura en contextos de encierro, que permite releer nuestras prácticas y acciones dentro y fuera de la cárcel.

El Taller forma parte del Programa de Extensión en Cárceles (PEC), dependiente de la Secretaría de Extensión Universitaria y Bienestar Estudiantil, y se dicta como actividad extracurricular en el marco del Programa UBAXXII de educación superior en establecimientos penitenciarios. Fue uno de los primeros talleres organizados por la Facultad en ese ámbito y desde el primer momento se pensó como un

* Director del PEC, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.

espacio vinculado al dictado de la carrera de Letras en Devoto. En la actualidad, además de seguir dictándose como taller, es una de las materias optativas de la nueva Diplomatura en Gestión Sociocultural para el Desarrollo Comunitario.

Pasaron por el Taller escritores, periodistas, artistas y editores. A lo largo de los años, fueron cambiando objetivos y propuestas; también la composición de su equipo docente, que hoy suma a Lucas Adur y Julia Satlari. En el plano personal, María Elvira y Luciana —que un día me fueron presentadas por Silvia Delfino diciendo que eran “el tipo de personas que queremos en el programa”— son ahora dos amigas y compañeras, a quienes quiero y admiro.

El libro está organizado en capítulos que articulan la palabra de las docentes con los textos escritos en el taller y transforman, así, ejercicios de escritura en la oportunidad de narrar historias, hechos y situaciones, reales o de ficción: un día en la cárcel, un recuerdo, un personaje o una voz, la derrota, las cosas que se tienen o se tuvieron y lo que se perdió, una pequeña victoria, una mentira, una verdad, una traición, formas de vivir y de morir.

Esas voces y palabras, escritas desde el borde o al margen de la legalidad y la moral social, ayudan no solo a confrontar silencios, privaciones y violencias, sino a imaginar y dar forma a otras realidades y mundos posibles. Leer y escribir en la cárcel, aún cuando se trate de literatura, puede ser motivo para la defensa de los derechos humanos y la creación de herramientas para promover la inclusión social de las personas privadas de su libertad ambulatoria. Un poema, una canción o un relato no solo ponen en circulación palabras y habilitan su uso, sino que pueden convertirse en poderosos catalizadores de estrategias y acciones contra la estigmatización, la tortura y la violencia social e institucional.

Desde esa perspectiva trabajamos en este y otros talleres y proyectos que llevamos adelante, como el UBANEX

“Prácticas y acciones socioeducativas y culturales en contextos de encierro: derechos e inclusión de personas privadas de libertad y liberadas”; el proyecto de investigación UBACyT “Escribir en la cárcel: teoría, marcos, acciones”, que iniciamos este año; el Encuentro Nacional de Escritura en la Cárcel, que ya va por su tercera edición; los cursos, talleres y capacitaciones que damos; la diplomatura y el trabajo en red con otras universidad y organizaciones sociales.

Para la publicación de este libro contamos con el apoyo del Programa de Voluntariado Universitario del Ministerio de Educación de la Nación, a través del proyecto UBA-274 / “Publicaciones en cárceles”, dirigido por Ana Lucía Salgado, quien coordina el Taller Colectivo de Edición (otra actividad integrada al PEC). Este equipo realizó de modo colaborativo la edición del presente volumen junto a una alumna de la cátedra de Pasantía de Práctica Profesional en Instituciones Públicas u ONG, de la Carrera de Edición.

Introducción

Cuando se tiene algo para decir, lo primero que está a mano es la escritura. Nos gusta repetir esta especie de máxima; la hemos usado mucho tanto al interior del Taller de Narrativa como hacia afuera en congresos, notas periódicas o charlas informales, para representar el lugar de escritura creativa que, sin ser necesariamente catártica, responde a la necesidad de retratar un mundo, una experiencia, una mirada singular.

Ninguna calle termina en la esquina cuenta en esta misma línea cómo se abrió e instauró el espacio de narrativa dentro de los talleres en el Centro Universitario Devoto, en 2011, en donde se trabaja con literatura, generando lecturas y propiciando la construcción de la voz propia. El libro reúne nuestra experiencia como coordinadoras en ese primer año junto con una selección de textos producidos *in situ* en la mesa del taller. También relata el tránsito de una idea, la creación de un espacio alternativo donde trabajar literatura en situación de encierro, el propio armado del taller, una dinámica de trabajo que se fue construyendo a lo largo del año y un trabajo que fue revelando nuevos modos de

entender lo literario. Hoy, en 2016, en su sexto año consecutivo, ese espacio se encuentra fuertemente instaurado en el arco de posibilidades extracurriculares de educación universitaria del CUD.

En ese primer año, se forjó una dinámica de trabajo donde nosotras también fuimos buscando y calibrando lo que iba sucediendo encuentro tras encuentro con lo que llevábamos como propuesta, lo que íbamos recibiendo como respuesta. La estructura sobre la que está planteado el libro replica ese diálogo: son los textos producidos por los participantes del taller los que nos permiten contar el desarrollo de nuestra propia experiencia.

Luciana De Mello y María Elvira Woinilowicz

1. Entrar a Devoto

1.

El bar está sobre la calle Bermúdez, frente a la cárcel. Desde las ventanas vemos el portón de hierro, las garitas altas, la cola que hacen las mujeres afuera para entregar la mercadería que les llevan a sus hombres de adentro. Están ahí paradas hace horas, llegaron antes que nosotras y sabemos que vamos a pasar primero que ellas, aún después de terminar este café y cruzar la calle. Vamos a pedir permiso entre las que esperan, vamos a golpear la puerta de hierro y cuando aparezca la cara del penitenciario encargado de los ingresos, vamos a gritar “CUD” por el rectángulo de la ventana minúscula. Una contraseña que sobre esta calle, frente a esta puerta, está marcando nuestra pertenencia a la Universidad de Buenos Aires. Gritamos “CUD” y ellas nos miran, quizás muchas de estas mujeres no saben que ahí adentro funciona una universidad, uno de los únicos espacios dentro de la cárcel donde la educación formal no está a cargo del Servicio Penitenciario Federal (SPF). Afuera puede haber abogados, gente de la Procuración, estudiantes

de Derecho, todos esperando para entrar, desordenados, mientras las mujeres hacen la cola con las bolsas repletas de alimentos. Nosotras gritamos “CUD”, porque la clase debería comenzar a horario y hasta que pasemos los controles, la asignación de credenciales, el depósito de celulares; hasta que crucemos las ocho rejas que deben abrirse —y cerrarse— para poder entrar al Centro Universitario de Devoto, hasta que atravesemos ese último pasillo largo donde se mezcla el olor rancio del desinfectante con el del pan recién horneado por los presos, habrá pasado casi media hora. Cuando por fin lleguemos los alumnos nos preguntarán si el Servicio nos complicó la entrada. Porque es así, que perdamos media hora de clase es algo que a los penitenciarios nos les preocupa demasiado, todo lo contrario. Sin embargo, los profesores pasamos antes que las mujeres que esperan afuera y la credencial, una vez adentro, nos coloca institución contra institución. Es importante esta credencial que nos acredita, es el arma que tenemos frente a los penitenciarios, un límite institucional que ellos, mal que les pese, deben reconocer. Y pasamos los profesores, los abogados, los maestros penitenciarios, que saludan a los guardias con un beso en la mejilla, todos pasamos antes que esas mujeres. Una vez adentro, ellas no tienen la credencial azul, ellas son visitas sin salvoconducto. Por eso una penitenciaría, que lleva puesto un pantalón de uniforme dos talles más chico y esta mañana se peinó y maquilló a voluntad, se atribuye el derecho de subirle el escote a una de las mujeres que ya está adentro. “A ver, mamita”, le dice y le lanza una mirada de desaprobación.

La cárcel, está a la vista, comienza afuera. Unas cuantas esquinas antes de cruzar esta puerta de entrada sobre la calle Bermúdez.

2.

Nos encontramos con Silvia Delfino y le comentamos sobre un proyecto en el que veníamos pensando: trabajar con literatura y mujeres dentro de la cárcel de Ezeiza. Ella nos miró y dijo: “¿Tienen auto? ¿Qué problema tienen con los hombres? Cuando estamos adentro de la clase, lo que importa es el Formalismo ruso. Qué desayunaste a la mañana o con quién dormiste, no entra en el programa”. En esa charla de pie, una noche con la facultad tomada, en medio de clases dictadas sobre el pavimento, Silvia estaba plantando el germen de una discusión que iba a ser continua y, una vez que estuviéramos dando taller adentro, cobraría otra dimensión. ¿Es posible dejar de lado las condiciones de producción? ¿Hasta qué punto sería posible pasar por alto las condiciones de encierro en el espacio de un taller de lectura y escritura dentro del CUD? Al poco tiempo de comenzar nos daríamos cuenta de que el dictado de una materia no es lo mismo que el de un taller, donde en cada encuentro la lectura, la discusión y la producción de textos revelarían que estábamos trabajando con material inflamable. Silvia nos invitó a formar parte del Programa UBAXXII que trabaja en cárceles. Si tenemos que pensar cómo y cuándo comienza el taller, entonces volvemos a esa noche de toma, escuchando una clase del lado de afuera de la facultad. Tanto a Silvia Delfino como a Juan Pablo Parchuc les pareció que un taller de lectura les vendría muy bien a los estudiantes de las carreras, porque hasta ese momento no existía un espacio así dentro del CUD. También pensábamos en el público de nuestro taller, a quiénes estaría dirigido. Tal vez fuera mejor establecer un criterio según la edad o el nivel de formación. Jamás habíamos entrado a una cárcel, pero razonábamos que para una mejor coordinación de los encuentros, selección del corpus y estructura del programa, era necesario

fijar alguna pauta restrictiva respecto al alumnado que iba a participar. Cuando le preguntamos a Silvia sobre las condiciones que creíamos teníamos que poner a consideración para que los alumnos se pudieran inscribir, ella nos contestó: “¿Qué condiciones les querés poner si ya tienen restringida la libertad?”.

Silvia tenía razón. Sin embargo, no íbamos a comprender ese dato cabalmente hasta que no cruzáramos la puerta de entrada de la calle Bermúdez. Porque para llegar a dar el taller en la cárcel la Universidad de Buenos Aires tenía que aprobar nuestro programa, sus fundamentos, su cronograma, teníamos que definir objetivos y corpus sin tener la menor idea de cómo era una cárcel por dentro. Esa noche Silvia nos invitó a presenciar una clase de la materia Teoría y Análisis Literario, que ella estaba dictando en el CUD durante el segundo cuatrimestre, y ahí fuimos.

El CUD está al fondo de un largo pasillo, después de cruzar la “T” que lleva a los pabellones, esa otra cárcel que no conocemos. Pasamos dos rejas más y ahí está la Universidad, bajando la rampa del subsuelo. La universidad contenida en un subsuelo: “Más kafkiano no puede ser”, pensamos. Cada Facultad cabe en el espacio de un aula, y la de Filosofía y Letras se llama “La Paloma”. Las otras facultades que funcionan son Sociología, Derecho, Psicología y Economía. Una al lado de la otra, con sus bibliotecas correspondientes. Parchuc y Delfino nos apuntan lo interesante de tener tantas facultades juntas, el movimiento de saberes circulando en un espacio más chico que el patio de Puan*. En la clase, un grupo de diez alumnos discute sobre teoría literaria sentados en un círculo estrecho. En 2010, La Paloma es la facultad más chica de todas y en el aula hay

* Puan es el nombre con que se conoce a la sede central de la Facultad, ubicada en la calle Puan 480, de la Ciudad de Buenos Aires.

un alumno que sigue la clase con el diccionario de alemán, porque es extranjero, y le interesa la materia aunque le falte el vocabulario suficiente para poder opinar en voz alta. Todos intervienen, algunos se levantan y salen, otros llegan y se sientan a escuchar. Todos hacen uso de la libertad de circulación. A nosotras nos confunde un poco que se vayan sin decir nada. O que lleguen y se sumen al debate que acaba de lanzar Silvia en la clase. Al mismo tiempo no podemos creer el nivel de participación de los alumnos. “Esto en Puan no pasa”, comentamos. Enseguida se solidarizan con lo que está sucediendo respecto de la toma de la Facultad. Nos dan una bandera para que llevemos a la calle, donde están dando sus clases los profesores. “Así estamos representados”, nos dicen. Un alumno de Letras, parece ser el más joven de todos, se llama Gastón y nos cuenta que también está cursando Economía; al terminar la clase nos ofrece un tour por el resto del CUD. Nos muestra la biblioteca central, el aula magna con el logo de la UBA pintado a mano, la placa con el nombre de los egresados del CUD, y la cartelera donde se ofrecen los talleres, donde cuelgan los programas de las materias que se dictan este cuatrimestre, y donde también hay un texto que él mismo escribió. “Se trata del miedo”, nos dice, “trato de explicar, desde los conceptos de la macroeconomía, el caminito a la cárcel”. Nos cuenta que lo leyó para un programa de radio y que está pensando en escribir una novela. “O un libro de cuentos”, dice. “Tengo las historias, todas acá”, y se señala la cabeza. Nos cuenta una de sus tramas, es sobre un pibe que se quiere comprar un par de zapatillas de esas que aparecen en las publicidades en los pies de algún jugador de fútbol. Son preciosas y el pibe se las prueba, cuestan una fortuna, cuando el vendedor le pregunta cómo va a pagar el pibe lo mira y le dice que efectivo no tiene. “Yo te pago con la plateada”, dice el pibe y pone el arma sobre el mostrador.

Un cuatrimestre más tarde, cuando haya comenzado el seminario de literatura policial a cargo de Manuel Abeledo, Gastón va a ser el que plantee la importancia de dar vuelta las condiciones del género. “Hay una ficción que la vamos a escribir nosotros, desde este lado, va a tener nuestra perspectiva, la de barrio. Va a hablar de nosotros, debería ser otro género, que se debería llamar ‘género delictivo’”.

3.

Sacar la literatura a la calle: una frase que habíamos comenzado a repetir como un deseo de principio de año hasta que comenzó a tener el peso de una necesidad. Y partiendo de esa necesidad es que este relato sobre cómo ha sido la experiencia del primer año de Taller de lectura y narrativa dentro del centro universitario de la cárcel de Devoto se corre de la perspectiva altruista y bien pensante del sacrificio personal en pos del bien común. Lo que nos llevó a trabajar con personas privadas de la libertad fue la necesidad personal de encontrarle un nuevo sentido a la tarea solitaria de lectura y escritura que cada una venía haciendo desde el escritorio de su casa: una en el trabajo de la edición y armado de libros; otra, como crítica literaria y escritora de ficción, las dos como estudiantes de la carrera de Letras, pero por sobre todo como talleristas, en ese espacio de formación literaria que fue haber sido compañeras del taller de narrativa de Guillermo Saccomanno. El movimiento que estábamos buscando, lo sabíamos, no tenía que ver solo con hacer colectiva una actividad en su esencia solitaria, sino que, por sobre todas las cosas, el movimiento que buscábamos era un corrimiento de clase. En este punto radica lo que por el momento parecería una paradoja: la necesidad de sacar la literatura a la calle fue lo que nos hizo entrar a la

cárcel. La paradoja, sin embargo, se resuelve muy rápido si se tiene en cuenta que la literatura es una de las artes más elitistas que existen, tradicionalmente asociada a competencias que vinculan el nivel de educación con la posibilidad de abordar la lectura o la escritura de textos de ficción. En un país donde con lo que se paga un libro se amasan quince kilos de pan, la biblioteca es algo completamente prescindible dentro de los hogares de las clases más bajas, que pueblan las cárceles del país con sus pibes y pibas.

La carrera de Letras no es de las más concurridas dentro del CUD. Los alumnos prefieren carreras como Derecho, Sociología, Economía. Buscan herramientas prácticas que les den respuestas concretas a la realidad que los rodea. Sin embargo, la cantidad de inscriptos al Taller de lectura nos sorprendió desde un primer momento. Los más de veinte inscriptos del primer cuatrimestre venían buscando herramientas de comprensión de textos, venían a mejorar sus capacidades expresivas para poder hacerle frente a los textos teóricos de las carreras, a la redacción de un hábeas corpus, para “saber decir lo que quiero decir delante del juez”, nos dijo alguna vez un alumno. Venían en busca de respuestas concretas a necesidades concretas. Ya estábamos dentro de la cárcel dando taller y el lenguaje usado por los participantes era artificial, se cuidaban de lograr una expresión por demás elegante, académica y estéticamente aceptable al momento de escribir y de participar en los debates. Hicimos un trabajo intensivo para desencorsetar la idea de literatura con la que llegaban. Insistíamos, una y otra vez, que no había lecturas correctas, válidas o inválidas mientras pudieran sostener desde el texto lo que habían leído, y que para eso tenían que marcar el texto, intervenirlo identificando lo que les llamara la atención. Apropiárselo. Les pedíamos que usaran sus palabras, que contaran lo que conocían, que confiaran en su mirada del mundo, en su particularidad, en

su experiencia. La lectura, anotábamos, es la apropiación de una experiencia. Y en la apropiación de las lecturas fue que radicó la puesta en valor de la propia experiencia. Una vez que esto comenzó a suceder, las lecturas y la escritura de ficción tomaron un curso y un volumen que nos enfrentó, como grupo, a discusiones que fueron desde la definición de géneros literarios, criterios de corrección, hasta el por qué escribir, para qué sirve la literatura, la escritura como traición.

Fue imposible seguir un programa, cada encuentro modificaba al siguiente, necesitábamos rever los textos que íbamos a llevar cada semana según la última discusión sostenida. El taller se hacía haciendo, y en ese acontecer nos hacía a nosotras también. Por eso es que este libro recién es posible de pensar luego de varios años de estar inmersas en esta experiencia; era necesaria una distancia luego de ese intensivo primer año de trabajo, los (pre)conceptos con los que llegábamos —no solo desde la academia, sino también desde el “afuera” de la cárcel— nos servían solamente en cuanto herramientas de contraste, en cuanto a material a ser releído con una nueva lente, una lente que, a su vez, estaba en construcción.

2. La mirada del otro

“La ficción es una operación.”

Marcelo Da Rosa

Empezamos el primer cuatrimestre de 2011 con el antecedente de la violenta requisa en el CUD durante los últimos meses del año anterior. Con la excusa de encontrar un *chip* de teléfono celular, el Servicio Penitenciario entró rompiendo materiales de estudio, llevándose computadoras, y desalojando a los internos que vivían en el Centro Universitario. En defensa del CUD, los alumnos hicieron una huelga de hambre que todavía, en el mes de abril, se les nota en el cuerpo. El Programa de Extensión en Cárcel y todo el Programa UBAXXII se ven amenazados por este avance agresivo del SPF sobre las garantías de autonomía que la UBA tiene como tal, aunque se encuentre dentro del espacio físico de un penal. Las clases se demoran en comenzar y no podemos arrancar con el taller hasta entrado el mes de abril. Esto, tomamos nota, forma parte de las condiciones de producción de ficción dentro de la cárcel. Como profesoras tenemos la responsabilidad de chequear y defender la bajada al CUD de los inscriptos. Tomamos lista y preguntamos la causa de las ausencias a los compañeros de pabellón de los ausentes. El Servicio tiene que buscar a los

estudiantes que figuran inscriptos en una boleta de “bajada” y trasladarlos desde los pabellones donde estén alojados hasta el CUD. Cuando terminamos de dar el taller vamos a Educación y preguntamos, una y otra vez, por los que no están. Es un mecanismo cotidiano que el Servicio utilice la bajada a la Universidad dentro de su sistema de premios y castigos, por eso la importancia de reclamar, cada semana, la presencia del alumno ausente. Aunque parezca una obviedad, la participación en las clases no siempre tendrá que ver con la voluntad de los alumnos. La voluntad de participación en el taller, como el resto de la vida de los internos, estará sujeta a los parámetros de buena conducta del Servicio. Es por esto que durante este primer encuentro, nos vamos a dar cuenta de que para garantizar la lectura del material que llevamos es preciso leer *in situ*, en cada taller, los textos elegidos. Luego, también, decidiremos llevarnos el material de ficción escrito para asegurarnos de que no se pierda durante las requisas.

La idea inicial del primer encuentro es presentar el taller, comentar el programa y conocer a los alumnos. Habíamos pensado en trabajar novelas cortas que ellos traerían leídas a cada encuentro. Sin embargo, no queremos ir con las manos vacías de ficción y decidimos llevar un cuento para leer ese primer día. Elegimos “Jonás”, de Guillermo Saccomanno. El cuento trata, entre otras cosas, sobre el tema del doble; está contado por dos narradores distintos: soldados británicos, ex combatientes de Malvinas. La idea es trabajar sobre el eje del programa que presentamos: escenas y escenarios políticos en la literatura contemporánea latinoamericana. Que el cuento hable del hundimiento del Belgrano (síntesis de la victoria inglesa / principio de nuestra liberación de la dictadura) desde la perspectiva de un soldado británico, nos da el pie justo para entrar en el tema de la mirada. El yo y el otro encarnados en la figura de la víctima y el victimario.

Cuando llegamos al CUD, los alumnos no nos están esperando en La Paloma, sino en el aula donde funciona la Facultad de Sociología. Son trece y ahí entramos todos cómodos alrededor de una mesa. El mate está listo, hay dos alumnos más de sociología, son Guillermo y Rudy, que escriben en las computadoras de la facultad pero que, en principio, no participarán del taller.

Cacho, el coordinador de sociología, va a ser, desde ese primer día, el lector del grupo. Tiene voz de locutor, nos dicen. Y es verdad. Cacho comienza a leer y el silencio se hace hondo. Es por su voz pero también porque el cuento lo amerita. Apenas termina la lectura, comienzan los recuerdos de la guerra. Escuchamos sus anécdotas pero enseguida volvemos a poner la ficción sobre la mesa. El concepto de ficción va a ser la línea divisoria de aguas, el lugar y la herramienta desde donde vamos a pararnos para que el taller siga siendo de narrativa y no un espacio de catarsis.

Esa mañana, durante el viaje en colectivo, habíamos pensado en plantear —si se podía— la idea de hacer un ejercicio de escritura. Supusimos que probablemente presentarían resistencia. Escribir en vivo no es tarea sencilla, no solo por el tiempo que pisa los talones sino, por sobre todas las cosas, porque tener a otros como testigos de la propia escritura siempre es algo que inhibe. Sin embargo, lo tiramos y prende. Sacan una hoja y, apurados, comienzan a escribir. La consigna es muy simple: contar ese día desde que se levantaron hasta que llegaron al taller, pero deben hacerlo en tercera persona. Desdoblarse en la tercera para practicar la perspectiva. Como una cámara que los sigue, les dijimos.

Sabiendo que la rutina ahí adentro sería la misma para todos, pensamos que el ejercicio iba a dar resultados similares, todos contarían más o menos lo mismo, pero no era eso lo que nos importaba, el objetivo era hacerlos escribir y ya lo estaban haciendo. Y al leer lo que habían escrito nos

dimos cuenta: la ficción es esa operación que siempre concede una alternativa válida, otra oportunidad a lo vivido.

Al compás rezongón de los fuelles

Horacio Senet

Como siempre, él se despertó rezongando. Siempre la misma historia. ¿Por qué cuernos se despertaba media hora antes que entrara el recuento? Es decir, por qué perdía media hora de valioso sueño. Valioso por lo que importaba estar ausente de este lugar nefasto. De andar deambulando por sus propios mundos interiores, sus ensueños, sus delirios y, a veces y por qué no, sus recuerdos más o menos agradables.

Pero nada, el reloj interior —maldito sea— lo llamaba antes, siempre antes de lo indispensable. Por eso rezongaba. Y cuando se miraba en el espejo del baño, primera etapa obligada de cada mañana, veía esa —su cara— de pocos amigos. Pocos o malos amigos. Hasta que un pis oportuno y la lavada de cara le retiraba la cara del despertar penitenciario.

Y así empezaba su día, ya sumido en la anormal normalidad de cada día de encierro. Que traería la cuota diaria de seguridades y sorpresas, pero nunca de aburrimiento.

Despertar en domingo

Juan Carlos Pérez

Amanecía, los primeros rayos del tibio sol otoñal le impactaron de lleno a través del ventanal, después de mucho tiempo él despertó de esa manera, absolutamente distinta a la que acostumbraba hacerlo en los últimos años. Era domingo, la familia aún dormía,

preparó el mate, jugó con Rocky, su fiel compañero, fue a comprar el diario respirando el aire de la libertad, el que sus pulmones extrañaban demasiado.

Se dispuso a dar comienzo al ritual del asado, vendrían sus hijos y su nieta. Recibió llamados de unos amigos con los que convino encontrarse más tarde para retomar el sufrimiento en el cemento de Avellaneda penitente, pero nunca tan cruel como el cemento de Devoto. La vida volvía a sonreírle, había revancha.

Amanecía, la voz del recuento lo despertó. Lástima el sueño, estaba bueno, pero también hoy, que no es domingo, ese oasis dentro del penal lo está esperando y hoy justamente dos seres angelicales, que tomaron las botellas que él y sus iguales arrojaron al mar con mensajes de socorro, vendrán a verlo.

El amanecer

Alberto "Cato" Briones Rojas

Eran las 7:15 de la mañana a los costados y ¡OH, DIOS MÍO, gracias por la vida y la salud! Y siguió hablando y diciendo un día más es un día menos para todos nosotros los que estamos viviendo en esta situación.

Posteriormente, se preparó para tomar un café, comer un pan duro, y luego se dijo debo ir al CUD porque ahí me espera otro ambiente.

Llegó al CUD, sí como es extranjero estuvo en una reunión en el Área de Extranjería.

Y después se fue al taller de literatura en la cual compartió un cuento, junto a otros compañeros.

El sol de la alegría

Gastón "Waikiki" Brossio

Él, mi amigo, mi otro yo, se levantó como todos los días, para concurrir al Centro Universitario de Devoto, un lugar que le causa gran tranquilidad y paz, para su familia que lo espera del otro lado del muro.

Se levantó, tomó una ducha y compartió unos mates con sus amigos. Para sorpresa de él otro compañero lo esperaba con un sol mañanero, aquel que le permite de alguna manera llevar la vida con más tranquilidad y armonía.

Con sus ojos colorados por la pelusa, encaró para la reja, donde lo esperaba la bota que tanto le aprieta. Luego de dar su código, fue pasando fronteras, las cuales algunas son táctiles y otras visuales. Pero a él no le importaban mucho las fronteras, solo quería llegar a los brazos de su amada, que es la cultura en sí y todo lo que representa.

Para sorpresa de él, hoy sería un día más de producción, donde el lenguaje y las metáforas van tomando su lugar, como en un tablero de ajedrez. Donde día a día se pone en juego, la amada libertad.

Primer día

Fabio Galante

La luz del sol entró por la ventana y la claridad interrumpió su sueño, él se acomodó de forma tal que pudiera seguir durmiendo con esa claridad, miró la hora y reflexionó que restaba poco tiempo para que descansara; el recuento matutino estaba por llegar, escuchaba los ruidos que producían las cadenas de seguridad que tienen las dos puertas de su alojamiento que le advierten que el Servicio entraba. La práctica común de todos los días, corroborar

que nada esté en infracción y ponerse en fila para ser contado. Él, al igual que la mayoría, luego del recuento esconderá sus cosas prohibidas (aparato de comunicación), para que, si ingresara la requisita pudiera sortear el control. Seguido a ello, acomodó su imagen y tomó mate —amargo— con los compañeros que conviven con él, entre mate y mate comentario de cómo sería el día. El encargado del alojamiento llamó Educación y salieron todos los estudiantes, él observó que en el día de hoy un compañero quedaba en el pabellón porque estaba tachado. En el trayecto, requisita de por medio, escuchó comentarios de los carceleros que como de costumbre renegaban por su trabajo. Llegado al lugar de estudio participó de un taller y escribió. Reflexionando creyó encontrar una buena forma de matar el tiempo que le resta.

Pequeña fuga

Rodolfo "Cacho" Rodríguez

Un toque más cuidadoso en la afeitada.

Un rato más de frote en los dientes, con el cachito de pasta de la calle que verdaderamente sabe a menta.

Eso.

Menta.

Elige una remera silbando 'Gracias a la vida'.

No se puede creer:

el hombre se prepara como para una fiesta o la celebración de la vida.

Ríe.

Ríe incluso ante el espejo roto y el agua que sin querer dejó hervir y ya no sirve para el mate.

Impresionante.

*Está en cana hacinado en un galpón infame con ochenta monos
más*

*y los baños tapados por supuesto
y las ventanas rotas
y el muro que nunca se derrumba
y la reja
y todos los etcéteras.*

Y sin embargo ríe, se sonríe y silba.

*Parece que hoy ya nada se interpone entre el corazón y la
alegría.*

Es que hoy vienen las pibas de los miércoles.

es que hoy

las palabras

hoy la mesa redonda las lecturas

Es que hoy escribir

hoy los compañeros

Hoy una pequeña fuga

esta otra mirada sobre los mismos días.

Hoy vienen las pibas de los miércoles

hoy esta música de adentro

esta cosquilla al alma.

Un día de estudios

Carlos Fleishman Culqui

Él se levantó a las 7:37 am, se sentó en su cama pensando un poco y optó por alistarse para venir a la universidad (CUD). Buscó sus útiles de aseo y pasó por la ducha a darse un baño refrescante y a tirar esa fiaka que nos acecha a la mañana. Buscó su ropa que

iba a ir puesta, se cambió, se puso las cremas, el gel y se sentó a la mesa a tomar un ligero desayuno. Luego miró un poco de noticias y escuchó que llamaron a Educación y salió para la universidad, se fue al salón de Extranjería y esperó con mu.xas ganas que empezara el Taller de Escritura y Comprensión de Textos.

Fleishman Culqui, Carlos

Pab.: 8° Planta: 2

3. El padre

“Los recuerdos son ficción.”

Alan García Zumaeta

Alguna reja se cierra en el fondo. El sonido del gas saliendo de la pantalla, luchando contra el frío húmedo en esta aula del subsuelo, es lo único que se escucha cuando Cacho terminar de leer “El Padre”, de Antonio Dal Masetto. De repente alguien empieza a aplaudir y el resto se suma. Tienen el texto marcado en la cara. Cacho retoma el final del cuento y vuelve a leerlo en voz alta sin que se lo pida nadie. Todos se callan, lo escuchan de nuevo: “No teníamos otra referencia que el foco de la bicicleta alumbrando un óvalo de tierra, hipnótico, surgido como desde un sueño, renovándose en una calle que podría no tener fin. Esa luz mínima marcaba el camino y finalmente nos sacaba de la oscuridad. Nos guiaba a la mesa familiar preparada para la cena, a los rumores de las sillas arrastradas sobre el piso de ladrillos y de los cubiertos en los platos. Pero durante ese trayecto permanecíamos lejos de todo. Ahí estábamos solos y estábamos juntos. Nos movíamos en una zona de vacío entre un mundo que ya no existía, perdido del otro lado del océano, y este otro que se proyectaba en los días futuros y estaba hecho de necesidades e insatisfacciones y furias contenidas y esperanzas obstinadas”.

Después del primer encuentro decidimos no respetar el corpus propuesto en el programa y llevar cuentos en vez de novelas cortas. Textos para leer ahí, que arrojaran enseguida una consigna clara. Este relato contado en la primera persona de un hijo, donde se reconstruye la figura del padre desde la evocación de una imagen, nos permitió plantear el ejercicio de describir esa imagen de la infancia a la que siempre se vuelve, esa que funciona como estampa en el recuerdo, la que permanece porque viene a decir algo más que lo que su propia silueta contiene. Cuando leemos a Dal Masetto, vemos que en la historia del padre está contenida —y silenciada— la del hijo, los dos van desandando juntos ese destino de inmigrantes con una lengua nueva por conquistar. Una lengua nueva y extraña que los recorta del paisaje que ahora habitan y, a su vez, el silencio cargado que se interpone entre ellos, entre ese padre y ese hijo que vuelven hacia la casa, de noche, luego de la jornada de trabajo en una carnicería de pueblo.

Ahora los alumnos tenían que trabajar desde una imagen, una foto en la memoria desde donde comenzar a contar una escena. La imagen de la luz de la bicicleta proyectada en el camino de tierra del cuento que acabamos de leer es la que tienen que tomar como ejemplo impulsor de un relato.

Solo dos alumnos, Cacho y Vicente, fueron los únicos que escribieron respetando la consigna.

Mi gato Tres

Rodolfo "Cacho" Rodríguez

Mi gato Tres había llegado un día envuelto en una arpillera mugrosa, pequeño y chueco, abandonado y enfermo. Y curándolo, fue el primer ser por el que recuerdo haber hecho algo. No sé si

habrá sido tan así en realidad, pero guardo en mi recuerdo que le salvé la vida.

Mi gato Tres se había ganado el nombre la primera vez que apareció con tres pajaritos en sus fauces mostrándolos como trofeo, apenas pudiendo con ellos el tipo, que no mediría más que lo que mide un compás de escuela abierto, apenas el tamaño de mi mano de pibe de ocho años.

Había un canal.

Un canal es como un arroyo, como una calle, en este caso, que corría entre dos veredas. Es decir, la casa de mi primo el Fuli daba a una calle que no era una calle sino un senderito que corría a la orilla del canal. Del otro lado del canal, otro senderito y la vereda de las casas de enfrente. Allí vivía una alemana con dos hijas, que criaba unos duraznos y nísperos poderosos que un poco nos regalaba y otro poco le robábamos en las siestas de verano.

El asunto era que el canal nos juntaba a los pibes del barrio La Perlita como el potrero en Boedo o como ahora las esquinas.

Recuerdo que todos teníamos perros o gatos cuando aún no se llamaban mascotas. No sé por qué, pero en aquella época en La Perlita prevalecían los gatos. El mío era chúcaro y mimoso y se llamaba Tres. El de mi primo el Fuli era Satanás, y así.

Muchas veces matábamos la siesta pescando anguilas con el dedo, o ranas en los días de lluvia.

Las tardes de calor bajábamos cada uno con su gato a la orilla del canal, que tendría digamos unos cinco o seis metros de ancho y allí organizábamos la carrera.

La carrera era así: tomaba cada pibe su gato y lo arrojaba al aire, en dirección a la orilla opuesta del canal. Todo el mundo sabe que los gatos odian el agua, o al menos le tienen una especie de alergia visceral. Entonces, allá iban los felinos volando desorbitados hasta más o menos la mitad de la distancia entre costa y costa y caían de panza, en un estrépito de lo más gracioso.

En realidad, allí empezaba la verdadera carrera pues los gatos solo querían salir lo más rápidamente posible del odiado elemento

y, vaya a saber si por instinto o porque ya venían embalados, buscaban la orilla opuesta. Ganaba el sabandija cuyo gato llegaba primero a la orilla de la alemana.

Eso era todo.

O casi.

La imagen: el gato Tres que me miraba desde la otra orilla, odiándome seguramente y de algún modo anunciando que por un día o dos se iba de casa. Ofendido. Y sin embargo, había algo en el fondo de sus ojos que no dejaba de agradecerme el estar vivo, o de manifestar cierta comprensión del juego. Al fin y al cabo, él también era una criatura.

A lo largo del tiempo me vuelve cada tanto esta imagen. La cara de mi gato y sobre todo su mirada.

Yo sé que para vos los gatos no sonríen.

Pero mi gato Tres me sonreía, me odiaba y me abrazaba agradecido con los ojos.

Lo extraño.

Juan Montero

Vicente Sánchez Aguilar

Después de la larga carrera cuesta abajo para llegar él primero al poste de la luz, se sorprendió al dirigir la mirada hacia su derecha, donde se encontraba la entrada al callejón que daba acceso a las caballerizas del torero Juan Montero.

Allí estaban todos, picadores, banderilleros, mozos; iban de gala con sus trajes de luces que destellaban al choque de los rayos de sol; se hizo un hueco entre el gentío para contemplarlos en primera fila, qué fácil llegar, pues era menudo y ágil debido a la inquietud que a los seis años nos suele acompañar; desde el puesto privilegiado también fue observado por el torero, que al reconocerlo en el cruce de miradas quiso tener un gesto de cariño, pero fue cercenado

quizás por las prisas del momento o, quizás y más probablemente, por la barrera biológica que aquella gobernanta indolente representaba entre los dos.

Y se fue.

Cuando escuchemos la lectura del resto de los textos escritos por los compañeros, notaremos que el tema del padre ha sido el organizador de la escritura, se ha impuesto en peso sobre la consigna. Lo que ganará en la narración será el relato del padre, el eco más nítido que les queda de la lectura ahora que están frente a la hoja en blanco.

Horacio es un alumno de casi setenta años que, además de ser un gran lector, desde el comienzo del taller se ha mostrado siempre muy prolífico. Sin embargo esta vez está callado y no escribe. De repente se levanta de la silla:

—No puedo, me van a tener que disculpar.

Todos lo miramos en silencio, no sabemos qué contestarle. Horacio está visiblemente emocionado y triste. Ahora agarra esa bolsa de las compras donde guardan sus pertenencias, se levanta de la silla y enfila hacia la puerta. Que se vuelve al pabellón, que necesita descansar, dice, antes de salir del aula.

Nosotras habíamos tenido en cuenta que estábamos llevando un relato sobre el padre, un tipo de narración caracterizada por el registro confesional, donde el contenido autobiográfico suele llevar hasta el límite el concepto de ficción. Y fue por esa razón que, con el planteo de la consigna, intentamos alejarnos un poco del tema, con el objetivo de abrir otras posibilidades narrativas. Pero se hacía claro en ese momento que no habíamos sabido calibrar en su medida el peso del cuento que propusimos ese día. El efecto de la lectura ahí adentro cobrara otra magnitud.

Cuando terminamos el taller, le escribimos una nota a Horacio para que un compañero se la alcance más tarde al pabellón. Queremos saber cómo se siente y lo alentamos a que escriba pegándose a la consigna, que escriba un texto de infancia a partir de una imagen.

Al siguiente encuentro Horacio no aparece por el taller, nos comentan que todavía anda enfermo pero que nos manda, por otro compañero, el texto que finalmente se sentó a escribir: el de Horacio, como el del resto de los compañeros, es también un relato sobre padre. Su texto no será el único texto que recibamos en manos de un mensajero ese día:

—Les traigo un cuento de un compañero del pabellón —nos dice Marcelo apenas entra—. Cuando le conté lo que pasó en el taller la vez pasada, me pidió el cuento de Dal Masetto y se lo presté. Después se puso a escribir. Acá tienen.

Así conocemos a Clares Sánchez, a través de su cuento “Meu Pare”. Un relato que había sido escrito espontáneamente y que salía del pabellón para bajar al encuentro del taller. El compañero lo había mandado para que se leyera en voz alta, alrededor de la mesa, desde la voz de Cacho. No podíamos creer el alcance del texto de Dal Masetto, la expansión que comenzaba a tener el taller más allá de los límites del CUD.

A partir de ese momento decidimos empezar a llevar más copias para quienes quisieran leer en los pabellones, y los alumnos eran los encargados de comentar las consignas en ese otro espacio, donde el deseo de lectura se iba propagando.

El meu pare (mi padre)

Mariano Clares Sánchez

Era una aldea muy pequeña, escasamente tenía 700 metros de largo con dos hileras de casas, una de ellas más corta.

A unos 30 metros de las casas, el mar. Ese lugar inmenso que encierra tantos secretos.

Allí se crió entre redes y barquillas pequeñas. Era el mayor de ocho hermanos y su papá tenía un problema en la garganta que no lo dejaba comunicarse muy bien con los demás, pero, eso sí, pudo enseñar a su hijo todo lo que sabía sobre el mar y el arte de la pesca.

En ese pueblo de la provincia de Murcia (España), solían salir casi todas las noches los barcos a pescar, los hombres eran los encargados de mantener a la familia, y las mujeres y los niños se encargaban de los animales escasos que había: pollos, gallinas, conejos, cerdo —el que podía— y de la casa.

No tenían escuela y realmente eran todos analfabetos.

Todas las noches veía embarcar a su padre y cómo se alejaba mar adentro sin saber hacia dónde se dirigía, iban en busca de la suerte, ya que localizar los bancos de pescado con los medios que disponían era bastante difícil. Otro problema era el mar, ese elemento indomable.

Cuando regresaba por la mañana temprano, allí le estaba esperando. Según se le veía la cara, ya se sabía si había ido bien la pesca.

Para enseñarle cómo se pescaba y lo duro que era el trabajo, con solo siete años su papá lo hizo embarcar, le enseñó qué era: la popa, la proa, babor, estribor, lanzar y recoger las redes, cómo se formaba el copo y se subía el pescado al barco, a guiarse por la luna y las estrellas, cómo navegar con el mar embravecido, distinguir los diferentes tipos de pescado.

Fue creciendo y llegó a formar su propia familia, en la aldea no había mucho para estriar mujer, más bien casi todo el pueblo era familia y tenían los mismos apellidos.

Él decidió embarcarse, con todo lo que había aprendido, en la marina mercante, lo cual lo apartó de su padre.

Pasaba largo tiempo lejos del hogar y conoció otros lugares.

Mientras navegaba no recordaba que todo lo que hacía y sabía alguien se lo había inculcado de la mejor manera posible.

Un día decidió emigrar a una gran ciudad como es Barcelona, otra provincia de España con diferente cultura e idioma. Allí llegó solo, dejando todo atrás para establecerse y dar una vida mejor a sus hijos y su descendencia, ya que había pasado la guerra civil de 1936 y el país había quedado bastante derruido y con mucha falta de alimentos.

Cuando llegó en un tren (que por anécdota hay que decir que se mareó en el viaje) no tenía dónde alojarse y con unas maderas y algo más construyó una pequeña barraca a las orillas de un río lindante a la ciudad y, desde allí, sin dinero ni qué comer, empezó a buscar un empleo.

Fue hasta el final del río buscando el mar, lo que mejor conocía, ya llevaba varios días intentando encontrar un trabajo pero no tenía ningún oficio que no fuese el suyo.

En una barriada cercana al río, por aquella de las casualidades, encontró a una señora que era prima de su mujer y le ofreció que fuese a su casa donde pudo asearse y, a través de conocidos, lo llevaron al puerto donde se enroló como patrón de barco pesquero. Se acordó de pare, tal como lo llamaban allí la gente, a la imagen de la cabeza de familia, el papá.

Pudo juntar dinero para volver a su aldea para buscar a su familia y llevarla consigo, pero cuando llegó tuvo la mala noticia de que su padre había salido de pesca hacía tres meses y no había regresado todavía su barco. Algo recorrió su cuerpo, como una angustia, un mal presagio. Mientras estaban haciendo los preparativos para volver a Barcelona, toda la familia vio como un barco se acercaba a la costa, era el de su padre. El corrió hacía la playa tal y como hacía cuando era niño a esperar a su padre. Cuál fue su desilusión cuando desembarcaron todos los marineros menos el patrón.

Uno de ellos le explicó que durante un temporal una ola arrasó a su padre y el mar se lo llevó, ellos no pudieron hacer nada por él, aunque durante muchos días anduvieron buscándolo sin resultado.

Le entregó un viejo retrato de su papá cuando era más joven, llevaba un bebé en brazos, le dijo que siempre la llevaba en la cabina y que se sentía muy orgulloso de que hubiese salido adelante y que se esforzara por darle a sus generaciones venideras una vida mejor y más digna y, por qué no, menos sacrificada.

Y así fue, sus hijos pudieron estudiar un poco, sus nietos más y sus bisnietos van creciendo con una gran educación y conscientes de lo que sus antecesores hicieron para poder darles una vida mejor.

Yo soy el nieto de la persona que relato, su papá era mi bisabuelo y mis hijos también conocen la historia que ha pasado de generación en generación, de padres a hijos.

Aunque yo personalmente no sea el mejor de la familia por el lugar en el que me encuentro.

Carta y texto

Horacio Senet

Mayo 10 de 2011

Queridas María Elvira y Luciana:

Mil gracias por la carta que me enviaron vía Cacho, no solo por el mensaje (muy oportuno) sino, especialmente, por la preocupación por un alumno a quien recién conocen y que el destino les tiró por la cabeza.

Creo que el tema de mi padre —prefiero decir Papá— lo he podido cerrar con bastante éxito, por cierto, porque desde sus 70 años hasta que murió, pasados los 90, pudimos comprendernos, entender qué es lo que el otro pensaba, quería y sentía por la vida y llegamos a hacernos muy buenos amigos.

Por eso su muerte, el 1/7/91, me llenó de dolor, pero también me dejó lleno de recuerdos buenos y fuertes de sí, que me apuntalaron en muchos malos tragos, de los cuales este —la cárcel— no es precisamente el menor. Hice mi duelo y me quedé con un balance de recuerdos y sentimientos que es positivo, muy positivo. Y bien vale que traiga parte de esos recuerdos aquí, para compartirlos con ustedes y con los compañeros. Aunque cualquier retrato que quiera esbozar de Papá será siempre escaso, pues su persona fue —en mi recuerdo— multifacética y muy rica. Aquí va lo que empieza a brotar:

PAPÁ

Sí, así en negrita, con mayúsculas y subrayado.

Mi viejo fue la figura masculina más influyente en mi vida. Nuestra familia estaba formada por mis padres, dos hermanos y yo, que era el menor de todos. Mi hermano mayor, doce años mayor, era además, mi padrino de bautismo, idea loca que se le ocurrió a mi vieja. Como se podrán imaginar, nunca pudimos funcionar adecuadamente como hermanos ni, de ninguna manera, él pudo tomar el lugar de padre sustituto. Más bien su figura era una mezcla de la de un marciano que hacía una vida totalmente lejana a sus hermanos menores con la de una especie de Celador no demasiado respetado. Con mi hermana, 5 años mayor que yo pero tremendamente pila, formábamos una especie de Logia Lautaro, Sociedad de Socorros Mutuos y Ayuda no Social sino Afectiva, porque el ambiente familiar era bastante denso y exigente, especialmente en todo aquello que tuviera que ver con lo formal y lo académico.

Papá era médico pediatra, uno de los mejores de la época. Un excelente profesional que dedicó su vida al cuidado de sus enfermos (luego aprendí que también “de sus asuntos”) dejando que Mamá se ocupara de la familia, por supuesto que con la ayuda del Celador. Tal como les conté, la casa y la familia se movían funcionalmente a la profesión del viejo.

Por las mañanas, Papá hacía visitas a domicilio y, en su juventud y hasta los 45 años, Hospital, donde llegó a ser Jefe de la Sala de niños del Rawson. Luego, almuerzo, de 13 a 14 su siesta inveterada, el consultorio en casa desde las 14 a las 18, más o menos, y, a posteriori, visitas a domicilio hasta que se terminara con el trabajo. La hora y la cena no contaban, el regreso era en función del trabajo.

¿Y nosotros, cuándo lo veíamos? Por la mañana, a veces, si no se había ido demasiado temprano, antes que saliéramos para la escuela. Al mediodía, siempre, aunque la mesa familiar se veía interrumpida permanentemente por el teléfono. Después del consultorio, muchas veces, porque los más chicos pispábamos la posibilidad de demorar la merienda hasta que el viejo terminaba y poder tener un rato de Papá. A la noche, cuando terminaba temprano y podíamos cenar juntos, siempre con el negro terror —el teléfono, que era de los antiguos y por eso negro— entremedio de toda charla o conversación interesante.

¡Cómo odiábamos al teléfono! Entiendan que esto sucedía antes de que se inventaran o que llegaran al país los contestadores automáticos, así que los “contestadores” éramos nosotros. Siempre debía haber alguien prestando atención al teléfono. Siempre, al lado del teléfono, papel y lápiz o birrome para tomar nota de los mensajes. Las pocas veces que los viejos salían y, aún sábados y domingos, alguno montaba la guardia. Por Dios, cuesta creer el nivel de enfermedad que nos producía ese aparato de mierda. Aunque, en realidad, el aparato no tenía la culpa, que era de quien o quienes habían creado o instituido el régimen.

Mi hermano, por supuesto, estudió Medicina y se recibió con medalla de oro. No podía ser menos que el viejo que había sido Diploma de Honor y perdió la de Oro a manos de su mejor amigo por un par de putos centésimos de promedio. Así que ese hijo cumplió el mandato y superó al Pope, aunque le costara joderse la juventud y armar una pareja que terminó en desastre. Pobre Cacho, pagó muy caro el cordón de acero que no pudo romper jamás.

Terminado el Nacional yo había intentado la Carrera de Medicina, porque el mandato era aterrador. La dejé pues me di cuenta que no era para mí y eso me transformó en una especie de oveja negra, muy negra, negrísima. Pude sobreponerme y salí al mundo. Cuando cumplí los 18 años, me rajé de casa —con consentimiento a regañadientes— pero me rajé lo mismo. Mantuve contactos esporádicos, en la medida en que podía respirar por las mías.

Cuando papá cumplió 70 años bajó su tarea infernal y “se retiró” de la profesión, aunque en realidad, nunca dejó de ser médico y de ver pacientes, pero no al ritmo de antes. Yo tenía 29 años y trabajaba como loco, en el campo de la familia, donde vivía y lo administraba. También administrando campos de terceros y como agente de Casas Martilleras y de Remates de Ganado.

Papá comenzó a pasar largas temporadas en el campo, hasta que llegó a vivir 8 meses en el campo y 4 en la ciudad, nunca seguidos, en forma discontinua y algo agitanada, tal y como era mi vida en ese momento. Comenzamos a hablar, a conversar, a compartir. Cada uno llegó a apreciar y admirar lo que el otro hacía o había hecho.

Nos fuimos dando cuenta como de a gotitas, de lo vasto y profundo del afecto que nos unía. Y llegamos, ya como hombres, a respetarnos profundamente el uno al otro. Ese era mi Papá. Y yo era su hijo, orgulloso de él y de lo que de él se reflejaba en mí.

El hermano Alberto

Alberto “Cato” Briones Rojas

Cuando me viene a la mente un recuerdo de infancia me recuerdo claramente la imagen de mi Padre Hermano. Un hombre muy alegre y comunicativo, que lo llamo así porque para mí fue un Padre Hermano, en el sentido de que todo lo que mi padre nunca me comunicó, lo hizo él. Por su trabajo muy poco lo veíamos.

Aquellas palabras cuando uno era pequeño, aquellas inquietudes que uno tiene y no sabe a quién decirle, porque mi Padre nunca nos hablaba, solo se dedicaba a trabajar para mantenernos, entonces yo me apegaba a mi HERMANO MAYOR.

Él se preocupaba por ejemplo de nuestros útiles de la escuela, cuadernos, libros, uniforme, etc. Él se preocupaba de nuestra salud, yo creo que tal vez por ser el mayor mi padre le dio esa responsabilidad, es que éramos siete hermanos menores.

Por desgracia de la vida, lo perdimos, falleció muy joven, pero aun cuando me recuerdo de él, nunca olvido esas palabras de optimismo y fuerza que nos inculcaba cada instante de nuestra vida.

Hoy estoy seguro que aún en su ausencia nos sigue diciendo: fuerza, hermanos, que la vida continúa.

A dúo

Juan Carlos Pérez

Él sabía, quizás desde siempre, tal vez desde que aún no sabía que sabía algo, que él siempre estaría allí, donde lo necesitaba, guiándolo, ayudándolo, comprendiéndolo, cuidándolo, la mayoría de las veces en silencio, pero siempre a su lado, aún en la distancia. Ahí, subiéndolo a la bici sin rueditas, transmitiéndole el valor necesario para intentar andar solo, soltándolo y ofreciéndole su mano fuerte para asirlo del piso. Dándole ese permiso que ella le negaba, brindándole el consejo justo y necesario, transmitiéndole la experiencia, marcándole errores cuando estaban solos y oyéndolo, sin que él supiera, cuando se llenaba la boca comentando las virtudes y los progresos que tenían que ver con él. Allí, cuidando en la noche a ese afebrado mujeriego grandulón que volvía al viejo nido tras otro frustrado intento de construir el suyo propio, dándole fuerzas siempre, aunque no compartieran tantas cosas. Allí en las voces de esos, sus viejos amigos, que durante

la vida había cosechado sin cesar, cuya lista interminable nunca acababa de conocer, y todos ellos coincidían en destacar a ese tipo singular del que eran amigos.

Él aún hoy, que ya no está físicamente, lo siente tan presente y tan cercano como cuando estaba, sabe que las caricias que sus manos duras y hoscas nunca le brindaron se las brindó, y lo sigue haciendo, su enorme y tierno corazón, que es mentira que ya no esté sino que como lo hizo desde un día en que nació sigue latiendo en él, a dúo con el suyo.

4. Narrador y personaje

"Narrar es como jugar al póker: todo el secreto consiste en parecer mentiroso cuando se está diciendo la verdad."

Rudy

Después de leer "El padre" de Dal Masetto, comenzamos a pensar en que era indispensable trabajar la figura del narrador. Las preguntas de los alumnos sobre las instancias de "verdad" del cuento y los comentarios sobre los textos producidos, interpelando la vida de cada uno de los participantes, daban cuenta de la necesidad de profundizar en las categorías de autor y narrador. Teníamos que llevarlo a la mesa de trabajo, convertirlo en una herramienta de uso cotidiano no solo para los alumnos, sino también para nosotras como coordinadoras del taller. Interponiendo y dejando en clara la diferencia entre narrador y autor lograríamos, por otra parte, evitar que el taller se transformara en un espacio de catarsis colectivo y que las devoluciones de los textos fueran hechas desde el texto y no desde lo que estos pudieran llegar a revelar de sus compañeros, como un refugio, también, para lograr el despegue cuando aparece lo autobiográfico.

Luego trabajaríamos el verosímil dentro del desarrollo de la ficción, pero ahora se imponía la profundización en la figura del narrador como punto de partida. No era algo que

hubiéramos pensado antes de comenzar a dar el taller, no estaba dentro del programa, no sabíamos hasta qué punto manejaban estas categorías de las que está hecha la literatura. Así es como arrancamos un encuentro hablando de los pronombres personales, explicando que hay diferentes personas desde las que un narrador puede pararse a contar. La elección de la persona, del número y del género es lo que pone de manifiesto, de manera casi instantánea, la instancia de construcción del narrador. Construcción que muchas veces puede ser instintiva, casi involuntaria, pero que no deja de ser una elección más, menos consciente a la hora de comenzar a escribir.

Una vez que este concepto fue decantando en los alumnos, hubo un espacio de mayor libertad a la hora de crear personajes, situaciones, voces narradoras, estilos. Si lo que delimita el terreno de trabajo es la ficción, el narrador como figura iba a ser una marca ineludible, un recorte en el texto al que pudiéramos volver cada vez, en cada lectura, tanto en la de los cuentos propuestos como en los producidos en clase.

Llevamos para leer al escritor guatemalteco Rodrigo Rey Rosa, el primer capítulo de *Piedras encantadas*. La habíamos incluido en el programa pensando en problematizar de qué manera se narraban las escenas y los escenarios políticos dentro de la trama. La novela comienza con una descripción de Ciudad de Guatemala en la voz de un narrador protagonista que acaba de volver a ese lugar. El narrador se presenta usando la segunda persona del singular. El texto, pensamos, nos permite entrar de lleno en la discusión que queremos plantear. ¿Quién narra este texto? ¿A quién se dirige esta segunda persona? ¿Qué efecto tiene esta construcción de narrador?

Antes de la lectura, proponemos la consigna de escritura: tienen que inventar un personaje. Les pedimos que tengan

en cuenta la elección de género, etnia, clase social, edad, profesión, ya que cada una de estas elecciones condicionará la mirada de su personaje sobre el mundo que lo rodea de una u otra manera. La idea es que vayan construyendo un personaje al que conozcan cada vez más, al que puedan dominar para convertirlo entonces en el narrador-herramienta con el que puedan contar de ahora en más cada una de las historias que comiencen.

Era una tarea corta, pero tardaron un poco más del tiempo inicial que nos habíamos propuesto. Lejos de listar atributos narraron a sus personajes, hicieron retratos, los pusieron en acción.

El hombre solitario

Alan García Zumaeta

En el año 2000 el joven Carlos vivía con toda su familia muy feliz, en la provincia de Pucallpa, Perú. Un día su padre salió de su casa; luego recibió una llamada, que su padre estaba muerto. La familia muy triste, pasaron los días los meses y Carlos comenzó a tener muchos problemas con su familia, él estaba muy triste por la muerte de su padre.

Carlos se hizo una promesa, de viajar por el todo el Perú, comenzó por su provincia, y llamó a toda su familia y les dijo, familia tengo algo que decirles, me voy de la casa, y toda la familia se quedó en silencio, y la madre llorosamente le preguntó, por qué hijo mío, y Carlos miró a su madre llorando, y le respondió. Madre, me voy de la casa porque mi padre no está con nosotros y él me hace mucha falta, y la madre le dijo, a dónde te vas a ir hijo mío. Me voy a ir a recorrer todo nuestro país madre... La madre llorosamente le respondió, está bien hijo, ya eres un hombre te voy apoyar en tu decisión, y Carlos con un beso agradeció a su madre...

Carlos agarró su mochila y se dirigió al puerto, donde había muchas embarcaciones a diferentes lugares de la selva peruana. Y subió a una lancha con dirección a Leticia, Brasil. El viaje era de seis días y cinco noches. Carlos prepara su hamaca en la lancha y comenzó a navegar por el río Amazonas, el más grande del mundo, cuando comenzó a atardecer el cielo se ponía rojizo, era un paisaje muy hermoso. Esa noche Carlos no podía dormir, porque había muchos zancudos (mosquitos) que le picaba todo el cuerpo.

Y llegó la hora de la cena, yo miraba que todos corrían con su táper hacia la cocina y hacían una sola fila, y una señorita muy hermosa me dijo, amigo, no vas a recibir tu cena, y Carlos muy impactado de su belleza respondió, sí, sí, y me fui a recibir mi cena. Pero yo estaba muy impactado de su belleza, que no dormí esa noche...

Amaneció, el día muy lluvioso, y llegamos en un pueblito, cuando me acerqué hacia la proa de la lancha, vi a la señorita que ella estaba bajándose en ese pueblito, entonces yo agarré mi hamaca salte hacia la orilla del río, y corrí hacia ella y le pregunté, aquí te bajas tú. Y ella le respondió con una sonrisa, sí. ¿Y tú?

Carlos le respondió, sí, yo también, y la señorita le respondió, qué bien. Bienvenido al pueblo de los Boras.

Como él no conocía el pueblo dijo, qué hago ahora, si no conozco este lugar y en dónde voy a dormir, me puse a pensar, y de repente la señorita me llamó, amigo, tú no conoces este pueblo verdad...

Carlos muy tímido y sonriente le respondió, la verdad señorita me quedé en este pueblo porque aquí vi, la tranquilidad que se vive, con la naturaleza, y ella se rio, y tienes en dónde quedarte. Carlos respondió no, disculpe por no presentarme, me llamo Carlos, y cuál es su nombre. Yo me llamo Evelyn y trabajo aquí en este pueblo, soy profesora.

Carlos quedó admirado y le preguntó, tan lejos vienes a trabajar. Evelyn respondió, me gusta enseñar aquí, por la tranquilidad que tengo con la naturaleza y con las personas del pueblo que son muy respetuosas. Dime, Carlos, qué es lo que sabes hacer para que me ayudes con los niños en la escuela. Carlos muy sonriente le

respondió, está bien, voy a ser un profesor para ayudar a los niños del pueblo. Y así comenzó su amistad con Evelyn, ella lo llevó a una casa donde pasar la noche.

Carlos esa noche tampoco pudo dormir, pensando y preguntándose al mismo tiempo, ¿me enamoré de Evelyn?

Evelyn al día siguiente habló con el Presidente del pueblo y llamó a toda las personas del pueblo, y les presento a Carlos, como un profesor más, Carlos se presentó muy nervioso se presentó y agradeció, y todas las personas del pueblo le dieron la bienvenida del nuevo profesor.

Evelyn muy alegre por la aceptación del pueblo abrazó a Carlos muy fuerte. Al día siguiente todos los hombres del pueblo invitaron a Carlos para ir de cacería, Carlos aceptó y se dirigió a la casa de Evelyn muy contento y le dijo, los hombres del pueblo me invitaron para ir de cacería. Evelyn sonriente le respondió, qué bien Carlos, sé que te va a gustar la cacería de animales en la selva.

Estaba muy ansioso que por primera vez iba a entrar al bosque para cazar animales para sobrevivir, y se puso a pensar cómo se debe cazar un animal, y esa noche no durmió, y se levantó muy temprano, y se alistó, muy entusiasmado y se despidió de Evelyn, diciéndole me voy a cazar el animal más grande para comer hoy...

Carlos ansioso dijo a los señores del pueblo, nos vamos a cazar los animales, y los hombres del pueblo dijeron, está bien, nos vamos. Así comenzaron a caminar por una trocha muy espinosa y fangosa. Carlos preguntó, señores qué tiempo vamos a caminar para llegar donde están los animales para cazar, y ellos respondieron, caminaremos entre seis horas o más, y Carlos dijo, que vamos a caminar seis horas y algo, sonriente dijo, yo puedo caminar, y llegaron a una chacra, y comieron papaya y caña, y de pronto se puso a llover muy fuerte y con viento y Carlos corrió hacia una palmera para no mojarse, y cuando de pronto un hombre del pueblo dijo, joven Carlos, no te muevas ni respire por favor. Carlos asustado dijo, está bien, qué pasa, solo no te muevas, el hombre con su machete, cortó una varilla de limón muy delgada, y le dijo yo

voy a golpear a tu izquierda, y tú corres muy rápido a tu derecha. Carlos dijo, ok, y el hombre golpeó muy fuerte hacia la tierra, y Carlos salió corriendo muy fuerte, y cuando regresó qué es lo que pasaba, debajo de la palmera y se encontró con la sorpresa, que ahí estaba una serpiente muy grande, que estaba a punto de mordeme, el señor del pueblo dijo, si eso te muerde, es muerte segura. Carlos muy asustado y pensativo siguió caminando. Y llegaron a un lago muy grande donde había una choza rústica, a la orilla del lago, los señores del pueblo dijeron llegamos al lugar de cacería, joven Carlos.

Y uno de los señores dijo, joven Carlos, quieres ir a pescar hasta que cocinen. Carlos respondió, está bien, pescaremos por la orilla del lago, y el señor dijo, no iremos en esta canoa (bote) que está en el puerto. Carlos cogió una caña de pescar y dijo, estoy listo para ir de pesca, y subieron a la canoa y se dirigieron al otro lado del lago, Carlos muy asustado en la canoa, porque el agua del lago era negra, y comenzaron a pescar y de pronto miró Carlos que en la orilla del lago se movía las plantas, y dijo al señor, algo se mueve entre las plantas, el señor volteó hacia donde se movían las plantas. El señor se dirigió con la canoa y la sorpresa fue que un lagarto (cocodrilo) se estaba comiendo un animal, el señor cogió su escopeta (rifle) y lo disparo en la cabeza.

Un día de lluvia

Alberto "Cato" Briones Rojas

Se fue de caza con su bolso en brazo y una honda en la mano, cruzaba cercos espinados terrenos surcados y llenos de fango, su bolso hecho de tela era muy resistente tenía que llevar más o menos unas cuarenta a cincuenta piedrecillas en forma de cerezas, las cuales las llamaba balas, caminaba mucho emprendía diferentes rumbos en busca de las aves del campo para hacer uso de habilidad

con su honda y poder atrapar algunas para luego limpiarlas y posteriormente llevarlas a casa para preparar un exquisito plato, todas estaban muy bien alimentadas con resto del grano que se encontraba regado por el suelo después de la cosecha.

Un día le fue muy mal, después de caminar por casi toda la mañana se sentó bajo la sombra de un hermoso sauce a orillas del río, tenía una linda vista hacia donde podía ver cómo la gente luchaba contra las furiosas corrientes del agua, para poder cruzar. Muy atento guardaba y al mismo tiempo contaba cuántas pasaban, algunos con mucha experiencia y otros muy inexpertos hacían uso de goma flotante, pero las fuerza de la corriente eran tan fuerte que las volteaba y entonces todos eran arrastradas terminaban muy bañados. Él sentado miraba y le causaba mucha risa, después de haber pasado un buen rato en ese lugar se levantó para comenzar su camino de vuelta a casa, cuando apareció en ese lugar una hermosa jovencita, él muy tímidamente y asombrado por su belleza le preguntó, disculpe, señorita, qué hora es por favor, ella muy delicadamente y con una voz muy calmada le dijo, son las cinco de la tarde pasada, la notó al mismo tiempo nerviosa, aprovechando de ese momento le dijo, está sola, ella le contestó, sí y me da mucho miedo cruzar este río porque la corriente está muy fuerte. Y bueno si me permite yo le ayudo a cruzar, ella muy alegre le contestó, gracias, pero sabe nadar le preguntó, él le contestó, por favor cazar y nadar es mi especialidad. Pero me encantaría morir ahogado en sus brazos, ella muy sonriente lo miró y le dijo, qué gracioso que eres ¿cómo te llamas? Mi nombre es Juan pero para ti soy Juancito, bueno yo soy Teresa y me llaman Techí. Iniciaron una amena conversación. Juan conocía perfectamente cómo se cruzaba un río con la corriente muy fuerte, le dijo, tienes que seguirme, ella le dijo, a dónde. Ahora te explico, cuando el río está muy cargado y con la corriente muy fuerte tienes que aprovechar la corriente para que te ayude a cruzar, y cómo es eso preguntó ella muy curiosa, entonces sígueme, replicó Juan. Está bien, Juancito, contestó Techí. Comenzaron a caminar un poco más arriba para

entrar en el agua, Juan estaba muy impresionado por la hermosura de mujer que era Techí, la tomó de la mano y se metieron en el agua, la corriente era muy fuerte, ella muy nerviosa lo tomó muy fuerte de la mano. Juancito era un experto de las aguas y le dijo, cálmate y verás que la corriente sola nos llevará a la otra orilla. Ella le suplicaba que no la vaya a soltar, cómo crees que te voy a dejar, al máximo nos ahogamos los dos, pero somos muy jóvenes para pensar en eso y, es más, no lo voy a permitir. Juancito le decía, no mires la corriente, mira en alto o si no cierra tus hermosos ojitos y verás que en menos de lo que tú crees estaremos al otro lado.

Todo salió muy bien con la experiencia de Juan cruzaron el río, ya al otro lado se detuvieron por un momento a descansar, Techí estaba muy asustada miraba la corriente y no alcanzaba a creer como habían cruzado. Juan le dijo, ya fue, ya pasó, estamos fuera de peligro, ella muy asombrada lo miró y le dijo, no lo sé cómo hubiera hecho sin tu ayuda, y ahora qué vas hacer, tienes que volver a cruzar le preguntó ella, él le respondió, no, porque yo vivo en la dirección que vas tú, qué alegría, contestó ella, al menos no tengo que caminar sola y, es más, no conozco muy bien este camino; era ya tarde el sol se estaba despidiendo con una penumbra impresionante, el atardecer se ponía romántico, Juan le dijo, tú eres de este lugar, Techí le contestó, nací en este lugar pero mis padres se fueron a vivir a la capital, pero yo tenía que venir porque tengo que hacer un documento que me sirve para seguir la carrera que estoy estudiando, más disculpa, sería mucha molestia saber que estás estudiando, no, respondió ella, mira yo estoy en la Universidad San Marcos en la Facultad de Medicina. Juancito muy alegre le dijo, me sorprendes, eso quiere decir que un mañana me tendrás que curar de mis males, ella le dijo, por qué, sufres de algo, sí, respondió él, fijate que tengo un mal del corazón, y por qué, le dijo ella, algunos de tus padres sufren de ese mal. Juan le contestó que no es por eso, lo que me sucede que hasta hoy no sé lo que es tener una enamorada, más ella le contestó, lo mismo me pasa a mí. Sí pero tu vives en la capital, eso que quiere decir, tengo entendido, dijo

Juan, que la juventud de la capital son muy liberales, ella le dijo no es cierto, mira yo que toda mi vida la pase en la capital y solamente me dedique a estudiar y yo tampoco sé lo que es enamorarse. Juan sorprendido la miró y le dijo, no te puedo creer, sí, es cierto, respondió Techí. Ambos se pararon por un momento, era ya de noche el camino era muy fangoso y aún faltaba mucho para llegar a la ciudad y para colmo había comenzado a llover. Se fueron corriendo hacía una choza que estaba abandonada, todo era silencio, la lluvia caía cada vez más fuerte, ambos se acercaron en un rincón de la choza para no ser alcanzados por las grandes goteras, ellos muy nerviosos se miraban y ya no sabían más que decirse, solo el ruido de la lluvia los acompañaba, estaban juntos, muy juntos. Juan la tenía cerca de su pecho y sentía el palpar de su corazón, ella lo abrazaba como si lo hubiese conocido de mucho tiempo. Juancito muy nervioso le dijo, tienes miedo, no, le contestó ella, lo que me pasa es que me pongo a pensar que hubiera sido de mí si no te hubiera encontrado en la orilla del río. La vida es así, respondió Juan, mira yo me preparaba para ir casa después de haber caminado todo el medio día y, ves, te apareciste tú como un ángel caído del cielo. Juan ya no soportaba más y la miró a los lindos y claros ojos que adornaban su hermoso rostro y le dijo, sabes, Techí, tú me gustas mucho y pienso que no es casualidad de la vida que nos haya encontrado y me gustaría ser más que un buen nadador o cazador de aves, quisiera ser tu enamorado, quiero que seas toda para mi solito. Techí muy nerviosa lo miró le dijo, lo mismo me pasa a mí, siempre soñé con conocer a alguien humilde y ese eres tú. Ambos nerviosos se dieron su primer beso bajo aquella torrencial lluvia que cada vez se hacía más intensa, después de un largo e inolvidable momento para ambos se dieron cuenta de que la lluvia había pasado, se prepararon para partir, cuando salieron de aquella choza todo estaba oscuro caminaron por un poco y vieron que se acercaban unas luces, ellos estaban muy bañados pero con todos los besos que se habían dado ni sentían sus ropas que estaban mojadas. Se escuchó una voz gruesa que decía, Juancito, eres tú.

Se dejaron de la mano, ella le dijo, quién es, él respondió, ese es mi Padre, sí como me hice tarde vino a buscarme. Todo por mi culpa, dijo Techí, él le dijo, por favor no digas eso ya verás que mi padre no es muy bravo. Se acercó su padre, hola hijo, hola padre.

Techí muy nerviosa le dijo, señor disculpe que Juan se haya hecho tarde, es toda culpa mía. Su padre muy educado le respondió, no te preocupes que Juan no lo olvida nunca lo que yo le enseñé que debe ser siempre atento con las personas que necesitan ayuda, aún más tratándose de una chica tan hermosa como tú. Ella respondió, gracias, es usted muy amable, como lo es Juancito. No sigas disculpándote que el resto es culpa de la lluvia, que se haya hecho tarde, lo importante es que estén bien y que no les haya pasado nada malo. No, de esa parte Juan me cuidó mucho... y así comienza una historia de amor de JUAN y TECHI...

Quando me pongo a escribir, miento”. Cato nos cuenta que nunca antes se había sentado a escribir, que le gusta, que se acuerda de cosas y cuando empieza a escribir le vienen más a la cabeza, otras que pensó olvidadas, pero que ni bien arranca, miente. Nos quiere explicar que Techí no va a la universidad y que el que sabe cruzar el río es su hermano Alberto.

Quando en el taller se escribe el silencio es absoluto. El único que hace algo más que escribir es el encargado del mate. Todo puede alterarse en los encuentros, pero el mate no deja de correr. Todos escriben a mano alzada, en papeles sueltos, en el reverso de la fotocopia del cuento que llevamos o en cuadernos.

Apretando los dientes

Gastón "Waikiki" Brossio

A la memoria de David Dubra.

Me encuentro en los buzones de un penal desconocido de Buenos Aires, hace más de tres días estoy aquí. Tengo para siete días más, me trajeron por el solo hecho de sacar un hábeas corpus para mejorar mis condiciones en el encierro. Tengo diabetes y pedí que la insulina me la dieran a la mañana y no a la noche como estos inadaptados, con regularidad, me la aplicaban. Esto me costó los diez días de aislamiento, por reclamar lo que me corresponde.

En el parte decía que le falte el respeto a unos de los penitenciaros, más precisamente al que abre la puerta, razón por la cual me concibió esta causa armada que estoy pagando. En estos momentos me encuentro solo, vengo soportando con los dientes apretados la paliza, cada vez que se produce un cambio de guardia, la cual me dedican, me quieren enloquecer pero igual sé que del otro lado de estos muros me esperan mis hijas y mi familia, es por eso que resisto la tortura física y psíquica de estos HDP.

Son las seis y media, sé que pronto llegaran, mis dientes empiezan a sentir la presión que estoy a punto de aguantar, me la paso en silencio meditando, haciendo soliloquios con mi conciencia que se quiere tirar del barco o quizás estallar como una bomba molotov sobre el congreso de la Nación, cosa que no sucederá, solo es mi imaginación.

¡Ahí, están, ahí vienen, escucho los pasos! Mi corazón empieza a agitarse cada vez más rápido, aunque los pasos parecen eternos, mi pulso parece que va a estallar, trato de respirar profundo, exhalo respiro, exhalo respiro. Siento la puerta de entrada, la reja libera su candado opresor, son solo doce pasos hasta mi celda que hay de distancia. Mi puerta se abre y el diálogo comienza.

—Pentihel, Leonardo

—Sí, encargado...

—Mire la pared y mano atrás —(con voz de paisano medio borracho) y con un palo en la mano comienza acercarse. Continúa—. ¿Así que SOS pesado vos negro? —¡Me interroga!— A vos te gusta reclamar tus derechos. Porteño, ahora vas a ver lo que son tus derechos...

—No, encargado, solo estoy enfermo y reclamé la insulina.

—Acá te vamos a curar, porteñito, imirá la pared te dije! —Con voz imperativa...

Comienza la paliza, mis dientes siguen apretados, aguantando el temblor, trato de soportar todos los palos que mi debilucho cuerpo aguanta, como cataratas de aguas que pegan frente a las rocas.

—No, no, no, ya está. Basta, Basta, ya está encargado, ya está, me van a matar, no, no...

—Vos vas aprender lo que es bueno. Querés hacerte el subversivo. Tomá, tomá, tomá palos...

—Ya está, basta de pegarme, basta de pegar.

Y en ese momento me desvanecí, cual si fuera una flor muerta por la sequía.

Cuando recobré el conocimiento de nuevo, no sabía qué hora era, me encontraba mareado con el cuerpo todo dolorido. Unas lágrimas comenzaron a derramarse por mi mejilla, quise ser fuerte pero la tortura hace llorar hasta a Sansón. Comencé a apretar mis dientes nuevamente, la bronca y la desesperación se notaban en mis ojos, enrojecidos por la paliza. Mi brazo derecho tenía un globo de piñata, porque fue con el que me cubrí la cabeza. Mis costilla estaban todas destrozadas, me costaba respirar, los muslos perecían los de Maradona en el '86, las plantillas de los pies aparentemente habían estado con los indios embroncados por la conquista del desierto.

Todo era dolor, todo era bronca. Mis minuciosos músculos sentían las batallas del opresor que durante tiempo, quizás siglos, abatió al débil.

Y ahí solo en mi soledad, comencé a llorar con todas mis fuerzas, odié la humanidad, odié mi existencia, odié haber nacido pobre,

odié mi condición de preso, odié todo lo que se pueda odiar, pero reflexioné y perdoné todo lo que había odiado.

Igualmente todo seguía ahí en un buzón húmedo con olor a pis y sin ganas de nada. De vuelta escuché los pasos, eran ellos. Esta vez tenían una soga en la mano, me imaginé lo que iban hacer. Mis dientes comenzaron a repetir la presión de la bronca. Pero no sé por qué circunstancia me entregué con mis manos sumisas en la espalda. Me ataron, me taparon la boca, para que no gritara, luego me pusieron una capucha y la luz se me apagó. Ahora estoy del otro lado, no sufro más, tengo paz...

*Los corderos no le temen al cuchillo,
Y ofrecen su cuello sumisamente al sacrificio.*

Dominga
Rodolfo "Cacho" Rodríguez

Dominga nació cuando moría el siglo XIX.

Era hija de un gringo duro, un italiano puro trabajo dueño de un aserradero al borde del monte santiaguense.

Fue una niña alegre y muy musical. Nunca dejó de serlo.

Rubia niñita de ojos gloriosamente azules. Azules de un azul tan claro y límpido como jamás después de ella conocí.

Desde sus primeros años supo del sol impiadoso, grieta y polvo en la siesta de verano allá en el pueblo de Loreto. Su primera golosina fue miel de miskilita.

La miskilita es una pequeña avispa que junta el polen de las flores de ese monte seco y espinoso de Santiago. Hace, con barro que mastica, unas perfectas y minúsculas vasijitas que entierra en el suelo y en ellas guarda la miel; allí buscaba Dominga y allí encuentran y chupan miel los niñitos del monte desde mucho antes que ningún imperio pisara esos suelos.

Bailaba Dominga descalza sus chacareras en los patios de tierra de Loreto.

Creció jugando con changuitos indios y así hizo suya la lengua quechua a la vez que aprendía a leer y escribir en un exquisito español, casi de romancero, por obra de su madre.

Supo ser amiga del algarrobo, el chelko y la lagartija, del pan que amasó y hasta de las gallinas a las que honraba hablándoles con amor verdadero antes de cumplir su indefectible destino de cacerola.

A los quince años amó o creyó amar a un criollo que, doblándola en edad, la llevó con él y le hizo siete hijos.

Un día algo o mucho de él se le hizo insoportable. Un día que fue como el instante en que la nube se condensa al punto de no poder sino derramarse en lluvia. Dominga se hartó y juntó sus cosas, sus baúles, sus seis hijos más una séptima en su panza, su enorme dignidad india y su orgullo gringo y con todo ello se vino a Buenos Aires.

Allá dejó al que alguna vez había amado, hombre ya oscuro y todo espina y sequedad sin alma y trajo consigo su música y su baile, sus críos, su quechua y su amor por escribir cartas perfumadas. Trajo esos ojos que nunca dejaron de brillar y su niñez del monte para vivir en ella para siempre.

Sabemos que la ciudad nunca dejó de sorprenderla y asustarla pero que fue capaz de sostener la mirada y el orgullo frente a toda clase de infortunios, pobrezas, porteños compadritos y gobiernos militares.

Sabemos que cada año o cada dos volvía unas semanas a Loreto con algunos de sus hijos. Que el monte, las miskilas, los mistoles y cuanto músico la viera festejaron cada vez el reencuentro con la gringuita criolla que tan lindo danzaba.

Crió a sus hijos lo más respetuoso por el prójimo y lo más musicales que la ciudad se lo permitió. Su patria fue la mesa donde ellos comían cada día. En ella no se rezaba jamás antes de comer y, a pesar de las insistencias de sus hijas mujeres que, admiradoras de

Evita le insistían en que ejerciera su derecho al sufragio, nunca quiso votar.

Le gustaba contar a sus hijos —y luego a sus nietos— pequeñas historias.

Todos a su turno y sentados en su falda oyeron con asombro la leyenda del Kakuy, la Telesita y tantas otras, siempre con un final endulzado por un bailecito y un higo.

Contaba especialmente la sencilla historia de la cigüeña que en su joven vitalidad daba de comer a sus pichones en el pico y les enseñaba el vuelo, todos los vuelos y que, en la vejez, ya ciega e impedida —las cigüeñas pierden inexorablemente la vista con los años— era a su vez alimentada en el pico por sus crías, en un círculo infinito de amor.

Atravesó Dominga el siglo XX alternando con sus pichones entre inclinatos de patios con malvones y el monte santiaguense.

Dicen allá en Loreto que hasta su última visita al pago comió frutos del mistol y bailó chacareras como una adolescente, con su infaltable pañuelito blanco en la mano alzada al cielo.

Un otoño, al regreso del último viaje a su niñez, murió. Ya casi ciega doña Dominga como la cigüeña del cuento. La rodeaban sus changos, ya mujeres y hombres curtidos por la vida.

Tenía ya ochenta y pico de años la niña Dominga.

Tenía todavía quince la abuelita en su corazón.

Una vida distinta

Fabio Galante

Los personajes y hechos relatados a continuación son ficticios cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia.

Era justo el comienzo de la primavera del año 1991, cuando las puertas del ala unidad N° 9 de La Plata se abrieron dejando paso, al mundo libre, al personaje de este cuento. Él es un muchacho

joven, que estuvo detenido por un delito contra la propiedad y, la vez que lo atraparon, lo condenaron a una pena de cinco años de prisión.

Dentro de los muros aprendió que la vida en la cárcel vale lo que cuesta un par de zapatillas. También que la palabra amigo significa mucho más de lo que él creía. El mundo carcelario le enseñó muchas cosas, buenas y malas, pero lo que más le hizo ver fue que no se puede confiar en cualquiera, hasta que te jugás con el otro algo como la libertad o la vida.

Él se llama Julio pero le dicen “Negro”, tiene veintipico de años, de contextura delgada, metro ochenta de altura y se viste según el ámbito donde se deba mezclar, su objetivo es vivir la vida lo mejor posible y lo único que le interesaba, porque tenía la convicción de que la fortuna hace que la felicidad aparezca, de otra manera hay que buscarla arduamente.

El Negro no siempre fue ladrón, trabajó por primera vez cuando tenía quince años, el laburo era los fines de semana, consistía en al lavar los platos y vajillas en el restaurante del country club “La tradición” ubicado en General Rodríguez, localidad del Oeste del conurbano bonaerense; además los días de semana cursaba la secundaria en el Colegio Industrial de Merlo, otra localidad del Oeste, donde aprendió mecánica, lo que luego sería una de sus pasiones. El sueldo que cobraba como lavaplatos no le alcanzaba para mucho pero zafaba, porque vivía con sus padres y no era necesario que aportara para pagar la olla; toda la plata era para él solo.

Lo que sucedió es que no duró mucho el trabajo. Porque la situación era irregular (trabajo en negro) y en un par de meses le dieron salida (lo echaron), con la excusa que el trabajo había bajado y no era necesaria su tarea.

Luego de ello buscó trabajo de lo que fuera y no consiguió, era una época de la Argentina bastante jodida, el país estaba gobernado por una dictadura militar, mucha gente se exiliaba por problemas políticos y la economía era un desastre, inflación y desocupación, era lo que rodeaba su entorno.

En los boliches bailables de moda, siempre ubicados en grandes centros comerciales, los sábados a la noche se juntaban muchos jóvenes de edades parecidas, de todos lados del Oeste del conurbano bonaerense. Por aquel entonces el boliche de moda era Pinar de Rocha, ubicado en Ramos Mejía, otra localidad del Oeste; en Pinar se llevaban a cabo además del baile, recitales de cantautores nacionales, era la época de post guerra, el país había perdido la guerra por tratar de recuperar las Islas Malvinas y se escuchaba mucha música nacional, algunas de protesta, que habían sido censuradas en la época militar.

La democracia había vuelto a la Argentina, una de las razones, era la pérdida de la guerra, los gobernantes fueron elegidos por el pueblo, pero los que ejercían la fuerza política seguían siendo los mismos; la policía y los militares que ocupaban sus puestos, en comisarías y regimientos, habían sido enseñados y arengados en la escuela corrupta y genocida.

Las razzias seguían siendo utilizadas por la policía, estas se llevaban a cabo por un grupo de policías, con uniformes de fajina, que se movilizaban en colectivos de línea —fuera de servicio— que recorrían los lugares nocturnos más frecuentados y cuando paraba el colectivo, bajaban lo uniformados y subían a cuanto transeúnte hubiera cerca, sin preguntar y sin escuchar nada, una vez a bordo los esposaban y solo les hablaban cuando eran bajados en la comisaría para preguntarles los datos personales al detenido. Algunos, como el Negro, corrían y trataban que no los detengan, pero si los atrapaban intentando huir, eran golpeados con los machetes de goma, se decía que cobraban como banco; los llevaban detenidos, los identificaban y si no decían nada los largaban a las 24 hs.

Al Negro, por ser menor, tenía que irlo a buscar algunos de los padres, como siempre la razzia era lejos de su casa paterna y el teléfono en esa época escaseaba, en el barrio del Negro, un solo vecino tenía teléfono, en aquella época todo era más complicado, la comisaría donde estaba detenido el Negro, tenía que comunicarse

con la comisaría de la jurisdicción de la casa de los padres, y esta, enviar un móvil a la casa del Negro para avisar que estaba detenido en tal lugar.

Esto irritaba profundamente a su padre, que el domingo quería dormir y descansar hasta tarde, luego de una semana de laburo, y hacía llorar a su madre que pensaba lo mal que podría estar pasándola su hijo.

La primera y única vez que lo detuvieron por razzia fue en Ramos Mejía, lo fue a buscar su padre y cuando salió de la comisaría lo reprendió con una patada fuerte en el trasero y una serie de gritos, lo único que hizo la experiencia de estar casi diez horas detenido y del reproche de su padre fue hacerlo tener más cuidado cuando salga de noche a bailar y además, cuando vea un colectivo raro o a un patrullero que lo quiera detener salga corriendo por instinto.

Ese instinto hizo que conozca a su primer compañero de fechorías.

Así fue, una noche de sábado, madrugada de domingo allá por el verano de 1984, el Negro salía de Pinar de Rocha luego de una estupenda velada, terminando el baile, los jóvenes salían en manada, algunos —casi todas mujeres— eran esperados por el padre, madre o familiar en una auto en la puerta, los demás emprendían la caminata hasta la estación de trenes y paradas de colectivos que quedaban a unas cuadras del boliche, la calle que los conducía hacia allá, costeaba las vías del ferrocarril, ninguna línea de colectivo realizaba ese trayecto, el Negro lo sabía, de pronto el observa a cincuenta metros un colectivo con las luces del interior apagadas y bien pegado a la vereda donde caminaban, la yuta gritó para quien lo escuchara y empezó a correr cruzando la vía, un pibe de la misma edad corrió junto con él, y del otro lado de la vía, ya detrás de unos autos estacionados en la calle, observan como los policías que bajaron del bondi detienen a todos los muchachos y muchachas que antes caminaban junto a ellos.

—Zafamos justo —le dice el otro muchacho.

—Sí, pero no te quedas mirando, porque si te agarran vas a recibir una paliza bárbara, chau loco —le dijo el Negro.

—Pará, pará, ¿a dónde vas? —le preguntó el extraño.

—Lejos loco, no quiero ir en cana —respondió.

—Voy con vos —le dijo el extraño.

Se alejaron del lugar ambos y comenzaron a presentarse:

El Negro le preguntó, cómo te llamás, loco, de dónde sos.

—Me llamo Nicolás, soy de William Morris, me dicen Nico y vos —respondió.

—Me llamo Julio, me dicen Negro. Che, qué onda con vos, porque te tengo visto de la barra de Pinar y paras con una bandita de carilindos como vos.

El extraño era blanco, misma altura que el Negro, rubio y de ojos claros, y empilchaba con ropa de buena marca, dando apariencia de ser un niño de bien.

—Sí —respondió—, pero todo bien no te persigas —dijo Nico.

El Negro para ese momento hacía un año que no laboraba, se mantenía robando auto estéreos. Oficio que había aprendido del Locaty, un amigo llamado Roberto, cinco años más grande que el Negro.

—Mirá loco —dijo el Negro, luego de pasar cerca de un auto estacionado—, un Pionner con bandeja.

—Que onda —respondió Nico.

—Boludo, me lo llevo de una, así que toca porque voy a hacer ruido.

El auto era un Fiat 128 y el estéreo estaba del lado del acompañante, pateo con su pie derecho fuertemente el ventilete de la puerta del acompañante, el cual se abrió, introdujo su brazo en él, y abrió la misma con mucho cuidado, miró el espejaime (entorno) vio que nadie se percató del ruido y sacó el aparato, que estaba como él había visto, con bandeja portable, luego siguió caminando con naturalidad como si nada hubiera pasado con el estéreo bajo el brazo, al hacer unos metros, notó que Nico seguía cerca y observando.

—*Qué hacés, boludo, tomátelas.*
El otro se le acercó y le respondió:
 —*Qué buen aparato te llevaste de toque. ¿Cuánto vale?*
 —*Un susto y una corrida, boludo, qué me viste, cara de reduce*
 —*le refirió el Negro con voz gruesa.*
 —*No, Negro, no te enojés —refirió Nico—. Pero tengo un conocido mío que anda buscando uno y te lo puede hacer vender.*
 —*Cinco gambas me da el reduce, pero si querés ganar algo pedí más —frunciendo el ceño.*
 —*Bueno dale —respondió Nico—, cómo y cuándo nos vemos.*
 —*Qué sos, agente encubierto, boludo, recién me conocés y querés darme apuntamiento.*
 —*Pará, Negro, y cómo hacemos.*
 —*Y vamos ahora, yo no tengo nada que hacer, y vos —le contestó el Negro.*
 —*Bueno, no sé si estará el interesado pero vale el intento, a unas cuadras está la parada del 53 que me deja cerca de mi casa, vamos —dijo Nico.*
Ambos partieron hacia William Morris, pero antes el Negro consiguió una caja vacía de alfajores que estaba tirada en la esquina con la basura, la vació y puso el aparato dentro de ella.
Así fue el comienzo de una amistad que los unió hasta la muerte.
Continuará.

El personaje

Juan Carlos Pérez

Buenos Aires, otoño del 2011, Devoto del lado de adentro, el nombre no importa demasiado, digamos que soy Juan Pérez, argentino, hijo único de inmigrantes de clase media (clase que existió una vez en este país), hombre de las cinco décadas, culto, bien parecido, con varias parejas en su haber, padre de varios hijos, con

varios títulos, varios emprendimientos y varios amigos, la mayoría de ellos desaparecidos durante el proceso, otros desaparecieron al conocerse la condena y los restantes siguen desapareciendo a medida que transcurre mi privación de la libertad ambulatoria.

Desde niño la sociedad me impuso que debía ser el mejor, debía ser el más inteligente, debía ser el más simpático, debía ser el más instruido, debía ser el más poderoso, debía ser el más feliz, no alcancé a ninguno de esos objetivos, o sea que como todo argentino, debía y sigo debiendo.

Encontré dificultades a lo largo del camino, de pequeño escapé del jardín cuando por su denominación sospeche que se trataba de un semillero del ejército y que esos graciosos niños parecíamos formar parte de la infantería golpista, de estudiante no le chupaba las medias a los profesores ni me tragaba los libros, por lo tanto no alcancé las mejores notas.

Luego jugué al fútbol pero la suerte no estaba de mi lado, un solo Maradona brilló en el fútbol mundial y justo fue contemporáneo mío, así mi estrella se vio opacada el día que en un encuentro de divisiones inferiores nos enfrentamos, él me metió un par de goles y la rompió, yo para no ser menos también la rompí, a mi rodilla derecha, meniscos. Era el quirófano o una larga rehabilitación con kinesiología y bolsas de arena caliente, la operación era complicada (de artroscopia aún no se hablaba), así que me decidí por la rehabilitación, además me dije “no hay mal que por bien no venga”, ya que mi primo se había salvado de la colimba por los meniscos.

Un año después el ejército me abrazaba para no soltarme hasta superar los veinte meses y al fútbol no jugué nunca más. Luego la suerte me sonrió (seguramente por equivocación) y tras ocho meses de laburo como técnico mecánico la Nestlé me metió en un paquete de renuncia despido arreglado y me indemnizó con una pequeña fortuna, exactamente lo que costaba un taxi 0 km con licencia incluida. Hago esta referencia porque este fue consejo de mi viejo, pero Rolando Rivas ya había sido un éxito y yo era el mejor y estaba para más, así comencé mis emprendimientos,

heladería, conjunto musical, despacho de pan, cabaret, etc. y así llegué finalmente al cero en mi cuenta bancaria.

O sea, quise ser millonario pero descubrí que toda la guita la tenían los garcas o la puta oligarquía, los vehículos que me quitaban pasaban de moda antes que pudiera adquirirlos, las mujeres más bellas eran muy mayores, muy menores o muy de otros, quise ser escritor y me di cuenta que mis mejores obras ya las habían publicado unos pillos, un tal Neruda y otro tal García Márquez. Finalmente mi pasado revolucionario (había sido monto cuando era un pendejo y te servía para arriesgar la vida, al revés que hoy cuando ese antecedente les sirve a muchos para ganársela), me llevó a la arena política así fue que cuando expuse mis pensamientos e ideas revolucionarias me miraron con atención y algo de desconfianza, cuando llevé adelante varias operaciones que daban dividendos exclamaron “¡qué cuadro! ¡qué político!”, cuando dije “la voz del pueblo es la voz de Dios” y dije que había que socializar las ganancias, dijeron, “qué boludo”, me denunciaron y me echaron de una patada en el culo.

Para mi sufrimiento la vida me deparó elecciones que me marcaron, tal como ser hinch de Racing y peronista.

En medio de esta vorágine fugazmente la vida volvió a sonreírme, mi olmo dio peras, en una carrera meteórica de menos de un año alcancé la subgerencia de un área importante de una empresa metalúrgica líder, eso significó mucho dinero, contactos, viajes a Brasil, México, Chile, Venezuela, congresos, fiestas, dólares, mujeres (incluida la primera princesa de miss Venezuela y Verónica Castro). En síntesis un bon vivant, era el mejor, Jehová era testigo mío, pero como no podía ser de otra manera el dueño de la empresa falleció y su hijo la quebró en un año. Tiempo record si los hay, volver a empezar.

En síntesis, como no pude ser el mejor decidí ser el peor y tomar de la sociedad lo que me negaba, o sea mi carácter de delincuente se debe a una razón de tiempo, llegaba a los placeres cuando ya eran de otro. Entonces la adrenalina recorría mi cuerpo, como

cuando hacía el amor, acertaba un pleno o gritaba un gol de la Academia. Así me gané enemigos que me persiguieron, hasta que mis actuales dificultades visuales me impidieron ver de cerca que estaban y me atraparon (nadie pudo ayudarme. Ven, María Kodama ya era de Borges).

Aquí, aunque no lo crean, sigo viviendo, no pago la luz, gas ni los impuestos, estudió sin costo alguno, se preocupan por mi salud: me prohíben el alcohol y conocí eminencias de la medicina, que sin estetoscopio y sin recurrir a análisis ni radiografías, incluso sin ningún tipo de ocultamiento auscultamiento y haciendo oídos sordos a los síntomas que declara el paciente, dictaminan siempre que el mismo no tiene nada. En cuanto a la asistencia oftalmológica, han decidido no brindarla más, aducen que para lo que hay que ver aquí, no ver es un beneficio.

Aquí estudio y conocí varios nuevos amigos, sigo soñando y mi mente atraviesa a diario el muro, sigo escribiendo y, es más, me dan una letra bárbara para que lo siga haciendo.

También soy un marginado, un excluido, un desocupado para muchos igual que aquellos que no aman lo que hacen y están disconformes consigo mismos, no es mi caso, que digan lo que quieran ni ellos ni los que me juzgaron están felices, yo sigo luchando y aspiro a serlo algún día, si es posible antes de que Dios padre me llame para ocupar un lugar a su derecha.

Cualquier coincidencia entre los hechos aquí descritos y la realidad es absolutamente lógica, pues se trata de ella.

La respuesta a la consigna supera los objetivos que nos habíamos propuesto con el ejercicio. Por primera vez trabajamos y hacemos mínimas devoluciones de “taller” para que reescriban o tomen nota de lo que han hecho. En el texto de Alan, el chico que se va de su casa y se enamora de la joven en la lancha, le marcamos el uso de las la tercera persona y

la primera del singular, según cuenta el conflicto familiar o lo que le pasa al personaje con la chica. Marcamos el tono de denuncia en el texto de Gastón y lo resuelto de los diálogos en el que escribió Fabián. A Juan Carlos le devolvemos que ha construido un personaje que responde a la figura de “el perdedor”. Todos los que están alrededor de la mesa largan a reír a carcajadas. De inmediato Juan Carlos nos increpa: “¿Me están diciendo que soy un perdedor?”. Nosotras defendemos al “perdedor” volviendo a la categoría de narrador, a las condiciones de la ficción, al recorte que se hace de “lo real” cuando se narra, de las elecciones conscientes e inconscientes que se ponen en juego a la hora de escribir, de contar un hecho, por más que el texto se esté refiriendo a una verdad.

En el encuentro siguiente Juan Carlos trae un texto escrito en el pabellón. Saca sus dos hojas escritas en clara letra imprenta y birome azul, se las pone a centímetros de sus ojos, tapándose la cara. Sabemos desde el principio que está perdiendo la vista.

Así empezamos ese miércoles el encuentro: todos alrededor de la mesa, mates, escuchando “*El perdedor*”, de Juan Carlos Pérez:

El perdedor

Juan Carlos Pérez

Argentina, el país más hermoso.

Buenos Aires, la Reina del Plata.

Devoto, la Berlín argentina dividida por un muro, de un lado una minoría de ricos y poderosos, una elite empresaria, política, militar y por qué no, eclesiástica, todos limpios, decentes, educados, probos, garcas, la sociedad.

Del otro lado ellos, pobres excluidos, malvivientes, marginales, distintos, la suciedad.

La diferencia con el muro alemán es que este aún no pudo ser derribado, aquí no hubo ni fin de la Guerra Fría, ni Glasnost, ni Perestroika... justamente Pérez, de él se trata su historia que no comienza aquí pues las historias no comienzan, suceden sin solución de continuidad.

Nuestro hombre camina lento, reconociendo el terreno como el zorro, como el perro, rodeado de entrañables perdedores.

La cárcel es una ciudad blindada, el cielo es raso, el horizonte está al alcance de la mano, el sol a veces filtra sus rayos, la lluvia es solo un ruido y la luna se supone que sigue allá arriba por las noches aunque no podés asegurarlo pues no la ves, no está al alcance de los presos, no sea cosa que encima lleguen a convertirse en lobizones.

Abundan los ruidos metálicos, la yuta huele a perfume barato. No digas policía, decí cobani, no digas celda, decí casa, no digas pertenencias sino mono.

Acá nada es como pensás ni como dice el artículo 18 de la Constitución Nacional, mirá a ese sesentón calvo y encorvado, lleva más años de este lado del muro que del otro, tiene —él mismo lo dice— corazón de piedra.

En las paredes de las leoneras se condena a los ortibas, en el pabellón se escucha cumbia y reggaetón, en los televisores se ve Gran Hermano, Tinelli y Policías en acción, así estamos, piensa para adentro y dice para afuera nuestro hombre.

No olvides que estás en Devoto, del lado de adentro (¿una falsa ilusión del infierno?). A veces te olvidas dónde estás, por ejemplo cuando cada día de semana bajas al centro universitario, una isla de la fantasía enclavada en ese mundo inmundo.

Estas en el Taller de Narrativa, junto a los seres angelicales de los miércoles, que han propuesto una tarea escribir un personaje, de repente te das cuenta que no tenés que pensar ni inventar demasiado, el personaje está a la mano, dentro tuyo.

Así encaras una especie de autobiografía, tus memorias, eres un hombre a la hora de los balances, vas desenroscando el ovillo del recuerdo. Leíste un viejo reportaje a Bioy Casares que “Las memorias deben divertir a la gente si no, no las lee nadie”. Además por naturaleza sos propenso a reírte de vos mismo, para colmo alguien te dijo alguna vez que eso era propio de inteligentes, entonces completas tu obra y la expones al auditorio. La reacción es contundente “es la historia de un perdedor”, te asestan violentamente, como quien sentencia reclusión perpetua, y te quedás con ese gesto en la cara idéntico al de Carlos Monzón cuando recibió ese zapallazo de Bennie Briscoe que lo dejó con la mirada extraviada y clavada en el reloj del Luna Park.

Sí, ite dijo perdedor! Así de una, sin ponerse siquiera rosita.

Pero ¿quién es esa pendeja? (con todo respeto angelical pendeja) para etiquetar a tu personaje (o sea a vos) de esa manara, sabrá mucho de narrativa y periodismo, ¿pero qué sabe de la vida?

Lo único que te faltaba, que a vos que te consideras un privilegiado, un ganador, un tipo de suerte que resististe a pie fuerte ser peronista, ser de Racing, vicios como el cigarrillo, las mujeres y el juego, cuatro matrimonios, quiebras económicas y hasta el cáncer y la cárcel te tilden así nomás de perdedor.

Te perseguís, te parece que los demás te miran de una manera piadosa, que hasta el cobani te observa como diciendo “¿y qué vas a hacer?”, imaginas el mote de perdedor al lado del alias de tu legajo.

Por la noche meditas sobre qué es un perdedor y llegás a la conclusión que ella tenía razón.

Si el ser humano al nacer ya pierde protección y alimento, y a medida que crecemos perdemos inocencia e ingenuidad. Si cuando caés en cana la expresión que se utiliza es perdí.

De golpe te das cuenta que a lo largo de la vida perdiste oportunidades, trenes que no vuelven a pasar, cuántas veces dejaste el corazón perdido en un cuerpo querido, acaso no perdiste gran parte de la infancia de tus hijos, o cuando muere un ser querido,

como pasó con tu viejo, no se dice que uno sufre una pérdida irreparable.

Perdemos la paciencia, el miedo, la vergüenza, el tiempo, perdemos partidos, dinero, ilusiones, el pelo y las mañas, no te das cuenta que ahí donde estás vas perdiendo el alma día tras día, o no viste que hasta la vista estás perdiendo... no, claro, no viste, pero notás que al ponerte viejo vas perdiendo la memoria y otras cosas que ya no recordás.

Al fin de cuentas acabás de rescatarte de lo esencial, que para ser un perdedor es imprescindible haber poseído algo, haberse jugado, haber ganado antes para perder después, un logro, una virtud, un bien, un valor, el que lucha, se la juega, arriesga está siempre expuesto a perder. Algo de eso.

Si perdiste un amor por ir en busca de otro al que creés mejor, no te equivocás, se equivoca aquel que se queda sin nada o se conforma con poco, si perdés dinero ya sabés que el mismo va y viene, si perdés un amigo es porque tal vez no lo era, si perdés un ser querido solo dejás de verlo, para siempre lo llevás dentro tuyo. Sabés bien que la vida se lleva a cabo en una sala de cine o teatro, y solo hay dos opciones para vivirla: una como protagonista, viviendo varias vidas o a todo ritmo, creando, interpretando, improvisando, haciendo lo que a uno le gusta, ganando bien y siendo famoso, con lo que eso implica a favor y en contra, perdiendo cosas a veces, pero con balance positivo.

Los otros son espectadores, no viven, no gozan, no arriesgan ni sienten, observan, critican o aplauden y pagan. Solo son protagonistas del último acto de sus vidas: el velorio.

En síntesis, hay pasiones que pierden al hombre, pero el que no tiene ninguna está irremediablemente perdido. Claro que sos un perdedor, pero quién te quita lo bailado, jugaste al fútbol y fuiste dirigente del club de tus amores, siempre luchaste por tus ideales, fuiste dirigente y funcionario del partido político al que dedicaste más de veinte años, viviste momentos inolvidables, la cara del viejo cuando le regalaste el 0 km al que no había podido llegar con

el sudor de su frente, ese mes de vacaciones con tus cinco hijos, los cuatro de sangre y el del corazón, llevás trece años al lado de la mujer ideal, conociste varios lugares del país y el mundo y tenés amigos y conocidos en Recoleta y en las villas.

Hoy es lunes, ayer viste cómo se despedía del fútbol un ídolo al que cuando llegó a primera le decían “tronco”, que después se fue al descenso, que erró tres penales en un partido, se lesionó dos veces de gravedad, se le cayó un paredón encima festejando un gol, o sea que perdió muchas veces, pero se retira ganador.

Sí, hoy vas perdiendo, Juan, pero tenés revancha amigo, tenés revancha y ahora le vas a agradecer a ella pues no hay mal que por bien no venga, si Santa Lucía no te quita las cataratas, Santa Luciana te abre los ojos, entonces la tomás de la mano, la mirás a los ojos y le decís “mil gracias y un beso por despertarme del letargo en el que estaba, mil gracias y un beso por hacerme recordar lo que tuve, mil gracias y un beso por incitarme a escribir la historia de este hombre con sed de revancha y mil besos y gracias por venir y por enseñarnos lo que sabés, por decir lo que sentís, por todo”.

Te llamás Juan Pérez y no te disgusta el sonido de tu nombre, has vivido varios años y piensas vivir muchos más, pero evidentemente te estás poniendo viejo, caso contrario no solo le habrías agradecido sino que ya tendrías su teléfono, le hubieras dedicado un poema y declarado tu amor eterno.

Continuará.

5. Tengo

“No sabía lo que significaba la palabra, pero cuándo me llegó el papel ofreciendo el Taller de Narrativa, pensé: es algo vivo.”

Néstor

Una de las primeras discusiones al interior de la coordinación del taller está relacionada con la corrección. Nos preguntamos qué y cómo, hasta dónde corregir los textos que producen los alumnos. A veces el problema es la sintaxis y la ortografía, hay casos en los que se usa la grafía del mensaje de texto del teléfono celular, y otros casos que nos parecen los más interesantes de discutir: cuando los alumnos inventan palabras.

Quisiéramos tener el tiempo necesario para abrir el debate en otros ámbitos, poder leer y discutir desde diferentes ángulos este tema de la corrección. Nos cuesta, desde un primer momento, coincidir con los criterios: donde una opina que es mejor no intervenir los textos mientras se entienda lo que está escrito, la otra considera que es importante corregir sin tener en cuenta el nivel de formación escolar de los alumnos, aunque, es verdad, no tenemos el tiempo físico para dedicarnos a explicar reglas gramaticales y ortográficas. Así es como mientras nos planteamos la necesidad de establecer un principio de (in)corrección, lo que tenemos en claro es que si el “error” cuenta, entonces no se

corrige. Ahora bien, consideramos que este principio debe ser compartido con el autor, no nos parece ético cambiar el texto o decidir no cambiarlo sin que la persona que lo escribió esté al tanto, sin que sea consciente de cómo estamos trabajando su material a la hora de publicarlo.

Sin embargo, otra de las condiciones de producción dentro de la cárcel es esta: muchos de los autores que se encuentran en estas páginas ya han salido en libertad o han sido trasladados. Las vías de comunicación se dificultan y hay que tomar decisiones en el momento. Es así como en este libro el lector se va a encontrar con textos correctos desde el punto de vista gramatical, sintáctico y ortotipográfico y otras veces, conocerá palabras que no se encuentran en el diccionario. La conclusión es que no tenemos una conclusión para esto, sino más bien preguntas: ¿De qué está hecho el lenguaje, qué lo legitima, cómo apropiarse de él si lo desconocemos, cómo encontrar la propia voz aprehendiendo estructuras que nunca oímos, que no nos representan? ¿Hasta dónde esta discusión puede sostenerse sin caer en condescendencias o exclusiones? No lo sabemos a ciencia cierta ni incierta, vamos a gatas, leyendo todo por primera vez, con esta nueva lente que se va armando entre todos. Esto es lo que tenemos hoy, un lugar lleno de aciertos y de faltas.

Este el tema del día: escribir sobre las cosas con las que contamos, ponderarla con la otra, con la columna del “debe” que sería interminable si no nos sentamos a escribir. Porque en el acto de nombrar las prioridades aparecen solas, y entonces la cuestión es saber cómo ordenar con una sintaxis que llegue al “cierre” y al alivio finito del punto final. Para eso, hoy trajimos un texto de *Melpómene*, el diario del escritor Enrique Wernicke, y una pequeña cita de los papeles personales de Rodolfo Walsh que reflexionan sobre la vida y la escritura:

Imagino también un inventario de las cosas que quiero y las cosas que odio: ya lo dije. Las cosas que quiero mis hijas el trabajo oscuro que hago los compañeros el futuro los que no obedecen los que no se rinden los que piensan y forjan y planean los que actúan el análisis claro la revelación de lo escondido el método cotidiano la furia fría la alegría general que ha de venir un día la gente abrazándose la pareja en su amor la esperanza insobornable la sumersión en los otros.

Rodolfo Walsh

Diciembre 29 de 1957

Se termina este año extraordinario. Y yo, a los casi cuarenta y tres, me encuentro en un comienzo. No tengo en dónde trabajar y ando en busca de un “empleo”. La fabriquita de soldados no da más y ninguno de los “grandes proyectos” ha cuajado. El saldo de este año es: un hijo que nacerá el mes que viene; un libro de cuentos “muy bueno”; una novela corta en borrador, y deudas por casi 20 000 pesos.

Aplastado por una sensación de fracaso. No se trata de que no me sepa haragán y borrachín. Pero hay borrachines que se “la rebuscan”. Yo no. El resultado de estos diez años de “no tener que ir al centro”, ha sido escribir cuatro o cinco libros. Y cambiar de mujer tres veces. Y de perro otras tres. He perdido contacto y relación con cuanta persona puede ayudarme. Y, se me ocurre, he ganado fama de informal, borrachín y loquito. Mi único prestigio: “soldaditos”, los divinos soldaditos que me permitieron vivir sin pedir nada a nadie (de mis círculos literarios).

No tengo absolutamente nada. Y no lo tendré por mucho tiempo. Es evidente que yo calculaba, “dejando pasar el tiempo”, que algo iba a suceder, que “mi gloria” me iba a asegurar un modesto pan cotidiano y que vendrían a buscarme para darme changuitas. Eso no ha sucedido. El mundo no perdona la indiferencia y el engreimiento, y hay que hacer muchas cosas para que a uno “lo vengan a buscar”.

Analizando los hechos, pienso que la vida solitaria de estos años, tan útil para madurar a un Enrique escritor, me ha impedido salir a la calle. El problema de “dónde como” y “quién cuida del perro” me ataba ridículamente a mi casita. Años que no voy al cine, que no veo exposiciones, que no sé qué pasa en Buenos Aires. Si soporto el asqueroso viaje al centro, el traje y la sudada, me vendrá bien un cambio de vida. Pero temo sentirme abrumado por tanta cosa odiosa y que el trago me derrumbe la salud. Habrá que esforzarse como nunca. O pegarse un tiro.
Enrique Wernicke

A continuación, los relatos de los alumnos:

Mi llave

Gastón “Waikiki” Brossio

Mi cierre de ejercicio ha quedado de la siguiente manera:

Teniendo en cuenta que, hace diez años atrás, mi activo estaba conformado por: una concubina, con la cual tuve dos hermosas hijas. Por otro lado estaban mi mamá, mi abuelo y más dos hermanos, los cuales convivían paralelamente en casa de mi abuelo y

en mis dos casas con mujer e hijos. También mi patrimonio estaba compuesto de cosas materiales: dos casas, dos motos y un coche, además de artículos y muebles.

Mi pasivo de aquel momento, solo una deuda con la parca, porque como dice el dicho “quien a plomo mata, a plomo muere”. Pero hasta el día de hoy es un haber que no he pagado.

Un resultado a tiempo me trajo a prisión en donde pasé los últimos diez años de mi vida, en los cuales tuve la siguiente pérdida: mi abuelo y mi mamá se tomaron unas vacaciones de “descanso eterno”, mi hermano menor terminó en Canadá, como el destino que me atropelló a mí, hoy en día, y de mi mujer y mis hijas solo me quedó mi bebé.

En la actualidad todo mi patrimonio está conformado de dolor, rencor, tristezas, alegrías y felicidad. Y gran optimismo.

En comparación con los bienes materiales solo quedó una casa de mis hijas y todo lo demás fue a la balanza.

Por lo tanto concluyo que he perdido mucho más de lo que mi condena estaba conformada, porque en los accesorios y costas nunca me dijeron que perdería a mi familia. Pero por otro lado todo mi activo se conforma del conocimiento que he adquirido, eso claro está que son cosas intangibles, lo cual puede conformar mi llave de negocio.

En Braille

Rudy Klages

Con un emprendimiento nuevo desde hace tres meses, llegué a comprender cuánto es posible ayudar al prójimo con solo poner voluntad.

Pensando en cómo estudiaría el ciego a través del sistema Braille, yo podría ayudar con un punzón abreviándole el trabajo en la materia que fuera.

Pero en el ir y venir de la averiguación, llegué a la conclusión que lo mío estaba fuera de órbita. El Braille ya no existía, que se reemplazó por la tecnología, ¡y bueno! Comencé con el aprendizaje tecnológico y los textos comenzaron a fluir como obra de magia, ¡qué sensación espiritual! La de entender y comprender que con muy poco puedo ayudar a alguien.

Saldo

Juan Carlos Pérez

Y a la hora del Balance, qué tenemos. En el haber mucha más experiencia, un par de amigos nuevos. Mucho conocimiento nuevo en la cabeza y la misma por suerte en otro lado, un libro terminado, algún escrito suelto y no sé cuántos poemas, la esperanza de un título a la vuelta de la esquina. Seguir creyendo en las quimeras y utopías, sentir que aún late el luchador adentro y gritarles a todos que no pueden, que no pudieron quebrarme aunque lo intenten hasta que cruce la puerta de salida. Dos nietas que me crecen en el alma y aguardan, y esa gallega que gambetea a la parca y espera al nene pidiéndole a Dios que se lo traiga. Proyectos, ilusiones y esa enana, gigante por adentro, esposa, madre, mujer y compañera.

En el debe los amigos que no eran, el sufrimiento que provoqué a los que amo, las canas que tiñen mi cabeza, las arrugas del alma, la impotencia, la vista que me abandona poco a poco y el estigma que no habrá de abandonarme. Ah, la Academia, que sigue sin dar vueltas.

Posdata del balance, en positivo: conocerlas a ustedes y saber que el fiel Rocky aún me espera.

El saldo es positivo a todas luces, o déjenme creer que el resultado arroja un superávit al que me aferro, las pérdidas serán un día licuadas, el pasivo no hará quitarme el sueño y activo, estoy activo todavía.

Cuando lo logre

Pablo S. Pérez Brown

Estoy cursando varias materias de Derecho. Asisto a un taller de literatura. Estoy preso. Detenido físicamente pero no espiritual ni mentalmente. Extraño. Pero no tengo mucho que extrañar. Solo a mis sobrinos y mis hermanos, aunque en menor medida. Tengo sueños, ilusiones y expectativas. Las expectativas no las quiero pensar. Quiero que se den e ir hacia ellas inconscientemente, porque si pensás te distraés.

Tengo música en mi cabeza aunque no la puedo escuchar en el equipo. Deseos, prefiero no tenerlos, o negármelos porque, como las expectativas, cuanto más los pensás menos llegás a concretarlos. Tengo problemas, tengo mi ser y mi experiencia de vida y mis recuerdos. Tengo un pasado y un presente. No quiero pensar en el futuro. Creo que todavía no existe. Tengo frío y tengo dolores. Tengo fuerza para soportarlos y tengo esperanza de que se acaben. Tengo miedos, pero siempre los tuve, y sé cómo esconderlos de mí mismo. Tengo una birome, una hoja y sé escribir, y tengo certeza de que hacer todo esto me gusta. Lo haría todo el tiempo si pudiera. Tengo que aprender a manejar estas nuevas herramientas. Ojalá pueda. Creo que tengo fe y que todavía no llegó mi hora sublime. Tengo que perfeccionarme y ser más espiritual. Cuando lo logre me voy a ir en paz. Pero si no lo logro, seguiré estando.

6. Arlt y *El juguete rabioso*

“Un vigilante se detiene frente a Erdosain y lo examina detenidamente. Se da cuenta de que el individuo es un visionario a la orilla de un callejón mental.”

Roberto Arlt

Cuando se entra a la cárcel hay algo en la capacidad de percepción que cambia, los sentidos se agudizan sin que uno tenga plena consciencia de ello. Afuera de Devoto, caminamos sin tomar nota de las pequeñas transformaciones que entre semana y semana van ocurriendo en la calle. Puede ocurrir que cambie la publicidad gráfica de los carteles, que la panadería de la esquina del penal esté cerrada esta mañana, que haya abierto un bar nuevo a dos cuadras que se llama El Charrúa; sin embargo nosotras llegamos indefectiblemente tarde a notar esas alteraciones en el paisaje del mundo de afuera. En cambio, una vez adentro, el más mínimo detalle se nos hace evidente enseguida. Nosotras, que no somos especialmente detallistas ni observadoras, podemos leer en las voces, en la ropa, en los cuerpos de la gente de adentro cómo empezó ese día en la cárcel. Del lado de adentro todo cuenta de maneras muy distintas y, aunque ahora no lo sepamos cabalmente, nosotras ya somos parte de este otro lenguaje que se aprende en la intuición colectiva y que tal vez en mucho tenga que ver con el estar alerta, con alguna forma de supervivencia.

Hoy, como todos los miércoles, el aula está preparada para el taller, con el mate listo sobre la mesa. Las mesas de trabajo son dos, una ovalada y otra cuadrada puesta a continuación. Hay un orden silencioso y establecido con respecto a los lugares en la mesa. Todos ocupamos nuestra posición en cada encuentro. Nosotras nos sentamos en la cabecera que mira a la puerta de entrada y al ventanal contiguo. El pizarrón nos queda de espaldas. Alan y Cato, los dos son peruanos, están en el extremo opuesto a nosotras, ellos eligen siempre sentarse en una segunda fila, fuera de la contención de la mesa. No por eso participan menos, son una voz fuerte dentro del taller, pero han elegido tomar los lugares ahí, en la orilla del aula. Mientras los argentinos, en su mayoría, se adentran en relatos urbanos que por momentos pueden abarcar algún lugar del interior del país, los peruanos no dejarán de contar el verde de la selva, los poblados, su gente y sus ríos. Para todos los que estamos escuchando, los relatos de Perú tienen mucho de exotismo, como esos cuentos de viaje de aventuras que nos leían en la infancia. Cato y Alan escriben en el taller, pero también en el pabellón. Cada miércoles, cuando llegamos, nos cuentan cómo va avanzando la historia, nos dan hojas y hojas, nos piden una lectura y corrección más detenida, quieren mejorar su escritura. A nosotras nos supera la tarea, nos llevamos los textos escritos “por fuera” del taller, pero pocas veces podemos alcanzar a hacerles una devolución detenida en las horas que estamos en el CUD.

Quando entramos esta mañana notamos un ambiente raro. En el aula no están todos. Alan y Cato, nos avisan, están en Extranjería. Tienen que arreglar un tema de papeles. No es fácil para ellos hacerse de los certificados de estudio del secundario completo. Puede que esos documentos, por otra parte, ya ni siquiera existan. El Servicio los exhorta a que para tal fecha tienen que estar en el penal. Alguien debe

mandárselos desde Perú lo antes posible o ya no van a poder seguir bajando al CUD, la prórroga para presentar los papeles les está pisando los talones.

Hoy traemos una lectura especial, el prólogo a *Los Lanzallamas*, de Roberto Arlt que, intuimos, va a causar revuelo en el taller. Apenas nos sentamos a la mesa entra el “Perro”, le dicen así por la aspereza en el tono de su voz (el Perro está luchando para que el Servicio lo lleve al hospital cuando le toca el turno, necesita hacerse el pre quirúrgico porque tiene un tumor que le está atacando desde el esófago hasta la nariz). Está mal, se le nota en la mirada.

—Van a venir a llevarme antes de que termine el taller, profesora, no dejen que me saquen de acá.

No entendemos del todo lo que está pasando.

—¿Por qué te van a sacar, Perro?

El Perro trata de tranquilizarse aunque le ganan los nervios, se va por las ramas. Juan entonces nos explica por él:

—Es que Perro está cursando la secundaria, no es universitario. Los de media almuerzan antes, tienen una excusa para subirlo antes al pabellón.

Sacarlo del espacio del CUD es uno de los castigos que los penitenciarios eligen para amedrentar al Perro, porque ha presentado hábeas corpus por la negligencia de parte del SPF respecto a su tratamiento de salud.

Nosotras hablamos con él y le decimos que se quede tranquilo, que hasta que termine el taller no lo va a sacar nadie del aula. Lo decimos muy seguras, recordando los consejos de Juan Pablo Parchuc y de Silvia Delfino: “Adentro ustedes son institución, son la UBA, esa es la carta con la que tienen que jugar”.

Le repetimos muy seguras que nadie lo va a sacar de ahí, pero en realidad no sabemos qué es lo que va a pasar en unas horas, si nuestro carnet salvoconducto realmente nos va a servir de algo.

Arrancamos con el taller y sacamos el prólogo. Les contamos algo de Arlt, de su profesión de periodista, de su apellido extraño, de la invención de sí mismo, la figura de escritor que creó para él. Es la primera vez que vamos a usar el pizarrón, hay algo del esquema que se nos hace imprescindible de usar en este encuentro. Hay palabras que queremos que queden marcadas, y es lo que sucede. A partir de ahora, cuando hablemos de saberes, vamos a definirlos en dos categorías. Los saberes legitimados y los no legitimados. Vemos que les interesa, que preguntan cuáles serían esos saberes no legitimados. Ahí enseguida lo dicen ellos mismos: son los saberes de la calle, la universidad de la calle, dicen, y se ríen. Nosotras elegimos a Arlt porque intuimos que después de haber discutido, en los encuentros anteriores, sobre el por qué escribir, ahora el prólogo de *Los Lanzallamas* y *El juguete rabioso*, lo única novela entera leída en el marco del taller, van a venir a demostrar, con pulso de texto urgente, eso que leímos en el encuentro anterior en palabras del italiano Ferdinando Camon:

Escribo por venganza. No por justicia, no por santidad, no por gloria: sino por venganza. En todo caso, siento en mi interior que esta venganza es justa, santa, gloriosa. Mi madre solo sabía escribir su nombre y su apellido. Mi padre un poco más. En la región donde nació, los campesinos analfabetos firmaban con una cruz. Cuando recibían una carta del ayuntamiento, del ejército, de los carabineros (nadie más escribía a los campesinos), se asustaban e iban a que el cura les leyese la carta. Los he visto pasar varias veces, yo era un niño. Desde entonces he sentido la escritura como un “instrumento de poder”, y siempre he soñado pasar al otro lado, dominar la escritura, pero para emplearla a favor de los que no la conocían: para llevar a cabo sus venganzas.

Veníamos de problematizar la figura del narrador, comenzaban a surgir voces distintas en los textos que se producían en el taller. Ahora, la discusión del por qué y para qué escribir llegaba a abrir nuevas discusiones sobre el compromiso con la palabra escrita. Gastón lo dijo enseguida, para él era una suerte de traición:

—Si yo cuento al barrio, si escribo cómo se habla en el barrio, entonces siento que los estoy traicionando.

Gastón, que hasta el momento ha sido más propenso a escribir en estilo de ensayo, bajando siempre alguna línea de denuncia explícita, nos dijo que él, adentro de la cárcel, aprendió un nuevo lenguaje, el lenguaje académico. Que si mañana sale y va a la UBA a dar un examen no va a poder hablar como habla en el barrio, y que, probablemente, aunque se esfuerce, el profesor y los alumnos de la facultad lo van a mirar como a un sapo de otro pozo; quizás ni haciendo el esfuerzo de conservar la lengua académica logre pasar un examen afuera.

—Pero si vuelvo al barrio es al revés, no les puedo hablar como en la facultad, ni de lo que aprendí, me van a decir: “¿Pero de qué te la das, careta?”.

Gastón sacó de su bolsa una foto y nos la pasó estirando el brazo. En la foto estaba su barra de amigos. Él, de cuclillas en una esquina. Todos muy chicos, no debían pasar los dieciséis, diecisiete años.

—Muerto, muerto, muerto, Sierra Chica, muerto. De acá solo quedamos este pibe y yo. Los demás, todos muertos. ¿Y yo voy a contar sus historias?

Se hizo un silencio hasta que el relato de Ferdinando Camon llegó para salvarlo. Nos acordamos de su texto y lo citamos como pudimos. Que la próxima lo íbamos a traer para leerlo en el taller. El debate se abrió de todas formas. Algunos estaban de acuerdo con Gastón, otros le explicaban que no, no era traición, que el tema era encontrar su propia voz, su

voz de ficción y contar lo que quisiera y necesitara contar. Saber otro lenguaje, le decían, era tener —aunque fuera solo un poco— una mayor capacidad de decisión en la vida.

Nosotras nos quedamos pensando en esto de poder manejar la lengua del otro. “No se puede vencer al rey hablando la lengua del rey”, sin embargo, ciertamente, hay que empezar por conocerla.

A partir de ese día en adelante, se abría una nueva problematización alrededor del acto de escribir. Si contar el barrio no era traición, si lo que importaba era la construcción del narrador, entonces ¿cuál era el límite entre ficción y realidad?, ¿si pasó, no es ficción? ¿ficción es mentir?, ¿si no es ficción, es verdad?

Comenzaba a ser cada vez más importante tratar de responder estas preguntas. Porque lo que estaba en juego, por sobre todas las cosas, era algo relacionado con la ética del narrar. Gastón sentía que no tenía el derecho, ahora que era universitario, de hablar de los que ya no estaban. Gastón no quería traicionar y, sin embargo, al escuchar el texto de Camon hubo algo de esa percepción que comenzó a dilatarse. Tal vez podía mentir, si mentía era ficción, tal vez podía encontrar en el lenguaje la manera de contar el barrio. El estallido de estas preguntas, estábamos seguras, nos estaba pidiendo a gritos que lleváramos a Arlt.

Y por eso ahí estábamos ese día, hablando de los saberes legitimados y no legitimados, del manejo de los oficios y la técnica en Arlt, cuando del otro lado de la ventana escuchamos la voz del penitenciario que está gritando el apellido del Perro para que vuelva al pabellón.

—Ahí está, ahí está, no dejen que me lleve —nos dice el Perro abriendo los ojos, con un tono en la voz que oscilaba entre alarma y resignación.

Nosotras nos levantamos y salimos al patio para hablar con el penitenciario. Le explicamos que el alumno está en

horario de taller y que hasta que no termine el taller no se puede retirar. El alumno prefería no almorzar si ello fuera necesario. El penitenciario seguía con que se tenía que llevar al Perro. Nosotras le pedimos hablar con el director de Educación. El penitenciario, visiblemente ofuscado, se da media vuelta y vuelve al rato con el director.

Los alumnos se asoman por la ventana del aula donde, hasta hace un rato, estaba ocurriendo el taller, ahora siguen desde ahí la discusión con el director del CUD, quien nos está tratando de explicar que no nos podemos interponer en los horarios de los alumnos de educación media.

—Este alumno, en este momento, forma parte de un taller de extensión de la UBA, el taller termina en una hora y nosotras tenemos un horario y un programa que cumplir con todos los alumnos inscriptos. No podemos permitir que se lo lleve. Insistimos en que si el taller está abierto a personas que cursan educación media, entonces es necesario que se haga una excepción en el horario de salida del Perro.

Así estamos por un rato hasta que finalmente el director cede. Cuando volvemos al aula el Perro nos agradece. Retomamos la lectura y la discusión. Sin embargo, nos quedamos pensando en la condición de encierro. En la vida del Perro, de todos ellos fuera de la cárcel. En los alcances de nuestro rol como coordinadoras del taller, las implicancias, el ser portador de un saber legitimado, de una credencial con el sello de la UBA, que nos permite defender la estadía en curso de un alumno en situación de encierro.

Desde ese encuentro hasta el final del cuatrimestre nos dedicamos a leer a *El juguete rabioso*.

Cada uno tenía su copia y, en general, nadie adelantaba lectura en los pabellones.

El juguete es el que está detrás de la vidriera a la vista de todos, pero es imposible de obtener; que se exhiba ahí, que se pueda ver y no lo puedas ni siquiera tocar... eso

da rabia. Por qué se llama *El juguete rabioso*, la primer pregunta al repartir las copias de la novela de Roberto Arlt. Esta respuesta, que surge de su lectura, llegará al final del cuatrimestre junto con la desconfianza y el juicio, del cual no fue absuelto, que le hicieron a Silvio Astier por delatar a su compañero y salirse de la jugada. La traición y la mentira, dos sin perdón. La empatía con el personaje de Silvio Astier fue tal que la decisión final del personaje, una traición sin justificación, rompió el verosímil y la discusión sobre la relación entre la mentira y la ficción. Si mentir, junto con traicionar, son dos con fuertes penalidades, hacer ficción se convertía en una actividad *non sancta*. Cuando a un texto no se le cree, no se le cree y punto. Por más teoría y reflexión sobre operaciones literarias que querramos desplegar.

Sentadas en la punta de unas de las dos mesas, mirado el pizarrón, volviendo a deslindar mentir de hacer ficción, insistiendo con la figura del narrador, hicimos la pregunta, entonces: ¿qué hacemos cuando hacemos ficción? Las respuestas que Rudy anotó en el pizarrón son algunas de los epígrafes de los capítulos de este libro: “La ficción es una operación”, “Los recuerdos son ficción”, “Narrar es como jugar al póker: todo el secreto consiste en parecer mentiroso cuando se está diciendo la verdad”, “No sabía lo que significaba la palabra, pero cuando me llegó el papel ofreciendo el Taller de Narrativa, pensé: es algo vivo”.

Los ejercicios de escritura sobre la novela fueron varios: tomar una frase cualquiera y que funcionara como punto de partida, escribir en primera persona bajo el título “Yo, Silvio Astier”.

Pequeño corazón

Horacio Senet

Si arrastré por este mundo
la vergüenza de haber sido
y el dolor de ya no ser...
"Cuesta Abajo", E. Cadícamo

Estás tirado en tu cama releyendo El juguete rabioso, que las Pitonisas quieren que lean, analicen, piensen, sientan... Y, vos, jugando al buen chico obediente como siempre, te pusiste a hacerlo.

Te tropezaste de nuevo con una de las frases que hoy, cuando lo leían en clase, te había pegado. Y pegado mal. Muy fuerte y muy hondo. La que se dice Silvio Astier cuando miraba las casas de los ricos y, con el pensamiento de que nunca sería uno como ellos y podría tener una casa hermosa y una novia de la aristocracia sintió que: "Todo el corazón se me empequeñeció de envidia y de congoja".

¿Y vos, galán? ¿Cómo te sentís ahora? ¿De qué tamaño es tu corazón, después de haber pasado once años en Devoto? ¿Qué queda de aquel hombre de 58 años que estaba en la cumbre de su vida y de su experiencia, con fuerza y resto para llegar a algunos logros que se había planeado y a quien, de golpe, lo atropelló un destino impensado, fuera de toda su lógica de vida, ambiente, familia y entorno? Un destinazo digno de la hoja de Policiales de Crónica. Con fotos, nota de varias páginas e interviús a los vecinos.

Que, de golpe y sin proponértelo en lo más mínimo, te transformó en uno más entre los segregados, los apartados, aquellos a los que la sociedad mandó —de por vida— al estercolero de una penitenciaría. Viviendo un destino gris, entre paredes grises, uniformes grises y destinos aún más grises. ¡Bah!, ya casi negros de puro grises.

¡No te hagas el sota y escuchame! Contestá lo que te pregunto y sacudite esa cucaracha que te está caminando sobre la pierna derecha. Está bien que aquí hay muchas y uno se va

acostumbrando, pero eso no significa que tengas que tolerarlo todo, aguantarlo todo sin protestar o, por lo menos, tratar de conservar algunas de las costumbres que tuviste. ¿O vos dormías siempre entre cucarachas?

Ya sé que es imposible modificar lo inmodificable y que adaptarte para poder sobrevivir es un síntoma de que aún conservás alguna que otra neurona en su sitio. O que te queda algún pedazo de tu hombría, si vamos al caso. O que tampoco era tan diferente la vida que llevabas afuera, si vamos al caso. ¿Ya te diste cuenta que es tristemente cierto que no es oro todo lo que brilla?

Y que aunque la Biblia dice que “polvo eres y en polvo te convertirás”, vos ya estás hecho polvo, harina fina, casi impalpable. Te molieron. Te pasaron por el tamiz y volvieron a moler los pedacitos que quedaban. Te desestructuraron, sos niebla, gas, algo casi impalpable. ¿O no?

.....

Mirá, me tenés podrido. Lo único que falta es que ahora me digas que yo vine en cana y te traje adentro a vos conmigo. De todas maneras, vos estás acostumbrado al adentro, porque vivís adentro mío. Y ya que estás en preguntón, yo también me voy a poner en preguntón jodido:

¡Pedazo de hijo de varios respetables burgueses! ¿Me querés decir dónde estabas cuando te necesité, hace más de once años? Porque se supone que vos, el perfecto modelo de identificación, que debería ser el ejemplo y faro de mi vida, sos el que maneja los “frenos inhibitorios”.

Y si estoy, mejor dicho, si los dos estamos en cana, es porque en un determinado momento me fallaron los frenos inhibitorios o, por lo menos, eso es lo que dijeron los peritos psiquiatras. “Homicidio en estado de emoción violenta”, es decir, sin que vos estuvieras funcionando.

Así que responsables somos los dos. ¿O no? O, por lo menos, eso es lo que no se imaginaron los jueces que creían que había pasado y por eso se pasaron las pericias psiquiátricas por el quinto forro,

como hacen casi siempre. Por eso me condenaron como si hubiera premeditado y asesinado a sangre fría al finadito. Yo no sé qué pasó, porque no tengo recuerdos de esos instantes. Y creo que vos tampoco. Y sabés que esto es cierto y bien cierto, porque tampoco a vos se te grabó la cinta de lo que pasó.

De manera que no tanto hacerte el machito y empezar a reprochar cosas, que esto es ida y vuelta. Toda la merda que me puedas tirar te la puedo devolver, en forma de buñuelos, croquetas, milanesas o como más te guste.

Y quieras o no quieras, aquí estamos los dos juntos en la volteada. Yo te llevo conmigo esté o no de acuerdo con vos ni vos conmigo. Conformate, macho. Cortala, dejá que espante la cucaracha, que no hace ninguna falta que la mate. No me molestes más, tengo que terminar de leer el libro este.

.....

Una hora más tarde, cuando se despertó con el libro caído sobre el pecho, una cucaracha se seguía paseando sobre su pierna derecha...

Yo, Silvio Astier, o un Juan Pérez de los 30 Juan Pérez

Cuando tenía catorce años me inicié en los deleites y afanes de la literatura, mi viejo un zapatero gallego devenido en gastronómico, que tanto influyó en mi vida, nada tuvo que ver con esto.

Nací en Boedo, en pleno enfrentamiento de las líneas intelectuales Boedo-Florida y a escasas cuadras del gasómetro de Avenida La Plata, ambas pasiones, literatura y fútbol, marcarían mi vida para siempre.

Mi nombre simplemente Juan, mi apellido cobra importancia en esta historia justamente por carecer de la misma, distinto sería si fuera Alzága, Beccar Varela, Martínez de Hoz o Zorraquín,

Pero no, mi apellido es Pérez, soy Juan Pérez.

Buenos Aires era la metrópoli donde convergían residuos coloniales con el art nouveau de principios de siglo, los conventillos y las coquetas casas bajas de los barrios.

De niño solía corretear entre las mesas del café de mi viejo observando extasiado como jugaban al billar, robaba propinas, bebía a las apuradas restos de vermouth y no me despegaba de la radio a válvula cada vez que había partido.

Mi mejor y creo que único invento fue esa lona verde cortada y extendida en el patio, marcada con pintura blanca, con dos arcos hechos de postes de palo de escoba y red de envoltorio de jamón crudo, sobre la cual disponía veintidós soldaditos y una pelotita de papel metalizado, para darle vida a vibrantes cotejos de fútbol.

Eran tiempos de trolleys y tranvías, de bolitas y pelota de trapo, de pastelitos y ensaimada, de tango, época de profetas demenciales y locos alucinados y de boinas blancas en decadencia. Un año más tarde habíamos abandonado el boliche debido al desalojo instalándonos en la casona que los abuelos tenían en Belgrano.

Mis viejos sufrían la decadencia y yo disfrutaba del aire puro, los higos y la uva chinche, de mi perro Pichín, de esa especie de tanque australiano ubicado en el fondo que en los veranos me hacía sentir en Mar del Plata, de los desafíos en el potrero de a la vuelta, de la biblioteca del abuelo, donde se apretujaban Cervantes, Hernández, Baudelaire, Dostoievski, Güiraldes, Lope de Vega, Carriego y de mis nuevos amigos Roberto, Gabriel y Luisito, o el “Rusito”, como lo llamábamos la mayoría por su condición de judío. Asimismo pretendía disfrutar de la vecina de enfrente, pero ella se negaba sistemáticamente, llegando apenas a dedicarme alguna sonrisa esporádica.

Por las noches después de hacer los deberes, me quedaba leyendo y escribiendo hasta tarde haciéndome acreedor al reto de la vieja por malgastar el petróleo de la lámpara.

Viernes y sábados por la noche nos reuníamos con los muchachos el lugar era tan variable como los temas o causales del encuentro,

podía ser en el altílo de Gabriel, en el fondo de casa, la enorme sala ante comedor del Rusito (que tenía guitarra y piano), en alguna lechería o en la plaza.

Hablábamos de fútbol, yo fanático de la Academia, Roberto del rojo, Gabriel xeneize y el Rusito millonario; aún sangrábamos por la herida abierta en Montevideo cuando los players del combinado nacional arrugaron ante los charrúas en el segundo tiempo y nos dejaron sin título mundial. También pretendíamos cambiar el mundo o al menos esa sociedad argentina plagada de oligarcas y vendepatrias, nos contactábamos con anarquistas y pretendíamos organizar un grupo rebelde que bautizaríamos “Montoneros”, diseñábamos bombas, criticábamos a ese Sarmiento que añoraba la época del rey y admiraba a los esclavos unidos del norte, a Rivadavia el europeizante, al ex socialista Lugones, devenido en redactor de discursos del golpista Uriburu, renegábamos de los textos escolares para adoctrinar a la juventud y de los periódicos que deformaban la realidad para consumo de los adultos. Avizorábamos constantemente las cosas ajenas (autos, relojes, mujeres) y soñábamos con dar el gran golpe asaltando algún banco inglés o de última el Nación, el dinero no tenía fronteras ni ideologías. Nos creíamos una especie de D’Artagnan y los tres mosqueteros, todos para uno y uno para todos, unos verdaderos ranas, qué querés que te diga.

A veces nos empilchábamos de primera, cuello rígido y almidonado, botines de charol y polainas color crema, para parecer mayores e ingresar a algún baile nocturno, así darnos lustre y ver si ligábamos alguna mina, pero indefectiblemente acabábamos en el Círculo Urquiza, baile de pobres, donde nos dejaban pasar pues todos nos conocían y se reían de nuestros disfraces de niños bien.

En casa la mano venía fulera y no podía hacerme el distraído, un día encaré a la vieja y le dije:

—Mamá, es necesario que trabaje.

—Pero, Juan Carlitos, y los estudios...

—Desde cuándo está estudiando, yo digo que usted trabaje, no yo...

La gallega, que por supuesto laboraba, se quedó mirándome sin entender hasta que la abraza y le dije que era un chiste y que yo podía estudiar y trabajar al mismo tiempo.

Jamás creí en las virtudes del trabajo, eso de ganarse el pan con el sudor de la frente no era para mí, yo era un intelectual, un revolucionario, un vago que renegaba con las exigencias de horarios y la despiadada competencia del mercado.

Comencé a levantarme cuando cantaba el gallo y a cambiar de trabajo como de camisa, lavacopas, cadete, corredor, vendedor; pero nada cambiaba. A cambio de renegar y perder horas de sueño y estudio, arrimaba unas monedas para el puchero, mientras veía desfilar la indiferencia del mundo, la miseria acosando día tras día, la struggle for life de Darwin, la supervivencia, trabajar para comer y comer para trabajar, minga de fiestas y alegrías, de sueños y quimeras.

Me seguía viendo con los amigos, ahora pretendíamos editar algo que fuera contra lo que divulgaban esos pasquines de Crisol y La Fronda, queríamos llegar a Jauretche que proclamaba “Patria, pan y poder al Pueblo”, hasta que decidimos que si no pasábamos a la acción directa nada nos vendría de arriba.

El Rusito sabía dónde su padre guardaba un par de fierros, con Roberto nos fuimos una tarde a la compra-venta del Paseo de Julio y compramos dos revólveres.

Gabriel fue desafectado del grupo por dos razones de peso, la primera al comprobar que nos mezquinaba a su hermana diciéndole que no quería verla con nosotros, que frecuentara a los del Belgrano High School, que esos sí valían la pena; la segunda cuando, emocionado y sudoroso, llegó tarde a una cita munido del botín logrado al afanar en un descuido al calesitero del barrio.

Nuestro primer golpe, a una casa cuyos dueños se encontraban de vacaciones, se vio frustrado por los ladridos de los perros y la intervención de un vecino; casi vamos en cana. El segundo, a una

pequeña joyería de Villa del Parque, fue todo un éxito, el dinero obtenido provocó el júbilo iniciático y allá íbamos por más.

Así fue como cierto día Roberto nos presentó al Rengo, compañero de andanzas del Flaco, su hermano mayor, que estaba a la sombra. El Rengo nunca me convenció del todo, tenía experiencia pero deliraba demasiado y nunca miraba de frente, con el tiempo todos sus planes para dar el gran golpe quedaban en tentativa.

El correr del tiempo, tirano como Uriburu, nos iría alejando. El padre del Rusito tenía una especie de almacén de ramos generales, su esposa falleció un 23 de diciembre y decidieron conservar el cuerpo en la cámara frigorífica para evitar el duelo, que suponía el cierre del negocio en las fiestas con el consabido perjuicio económico; recién el 2 de enero blanquearon la muerte, la mentira se descubrió y provocó un boicot al comercio, en el término de un mes vendieron y se mudaron.

En esa época Roberto, que también había perdido al viejo, tuvo que parar la olla en la casa y consiguió conchabo en una empresa yanqui, la necesidad mostraba su cara de hereje, pero a la vez allí conocería a Nora, con quien se casó al poco tiempo.

Al fin de cuentas, quedé solo en el barrio y abracé la militancia política, me auto convencí que el anarquismo era inviable y decidí apoyar la fórmula Lisandro de la Torre-Nicolás Repetto. Uriburu apadrinó el binomio oficialista Agustín P. Justo-Julio A. Roca (hijo), eran tiempos de fraude patriótico, había rencores y profundas diferencias entre los argentinos, no se lograba concebir una conciencia nacional, a todo esto las mujeres andaban gritando por la calle "¡Que entre Justo, que entre Justo!", y nos entró Justo, nomás, perdimos.

Para olvidar las penas me tomé una licencia, a esa altura ya era habitué de piringundines y casas de juego y así volvió a seducirme el dulce far niente. Para llegar a ello tenía mi candidato, un milico retirado vecino de mis viejos, yo ya había emigrado de la casa paterna atraído por las luces del centro, el tipo había reprimido a los compañeros en la Patagonia, torturó y asesino

gente, crueldades que me fueron informadas por una amiguita que supe presentarle en cierta ocasión y a la que el viejo tomó por querida. Soberbio y fanfarrón, tuvo el tupé de negarme una pequeña ayuda que le solicite para comprarle un remedio a mi viejo que se me iba, ahí se la juré, solo necesitaba una pierna y el destino como oyendo mi ruego hizo que hallara ese cómplice una tarde en el tranvía: tratándose de una pierna, nada mejor que el Rengo. Confiando en él ciegamente le comenté el plan, era buena plata y acordamos hacerlo el martes siguiente, el refrán versaba sobre no casarse ni embarcar, nada decía sobre delinquir.

Rengo de mierda, traidor, Judas Iscariote, indigno, canalla, resentido como todo defectuoso.

Gracias a él disfruto las bondades de estos hoteles que el estado dispone para audaces y bribones, este está ubicado sobre la calle Las Heras y lo llaman “penitenciaria”.

Del otro lado de las rejas los guardias gallegos se dan aire con los abanicos, afuera de los tristes muros los índices de desocupación aumentan, desciende la recaudación impositiva, el Ministro de Hacienda Federico Pinedo adopta medidas restrictivas, pavimentan la General Paz, se ensancha la Avenida Corrientes, se construye el Obelisco, se firma el tratado Roca-Runciman, que nos somete a la humillación inglesa, Lisandro de la Torre presenta en el Senado su proyecto de ley de carnes y el asesino a sueldo Valdés Cora intenta balearlo acabando con la vida del senador Bordabehere, que se interpone entre ambos, mientras el Zeppelín surca los cielos de la ciudad.

El 24 de junio es un día aciago, en Medellín se cae el avión que transportaba al zorzal criollo, muere Carlos Gardel. Cuántas veces tararé sus tangazos, cuántas siluetas femeninas abracé al compás de su gola inolvidable, cuántas tardes lo crucé en la cancha alentando a esa pasión inexplicable que nos unía, el Racing Club, o en Palermo jugándonos enteros a las patas de algún pingo montado por el maestro Irineo. Si aún conservo las cartas que la abuela intercambiaba con doña Berta, su amiga francesa con

la cual compartían el trabajo de planchadora, quien se volvió a su Toulouse natal, tal vez avergonzada cuando el Morocho del Abasto en su mocedad abandonó la cárcel acusado de un robo, se ve que otra pasión también nos unía.

Yo aquí creo estar volviéndome loco, ayer tuve una pesadilla increíble, soñé que estaba en el siglo venidero, que otro golpe de estado dejaba como triste saldo treinta mil desaparecidos, mi Racing querido llegó a estar 35 años sin salir campeón, el granero del mundo tenía una deuda externa impresionante, otro Federico Pinedo acompañaba en el gobierno de la Ciudad a un tal Mauricio Macri, los bancos se habían quedado con la plata de los ahorristas, los ingleses nos ganaron una guerra, unas pantallas iluminadas dominaban a la población, eran de tres tipos distintos: a unas las llamaban “televisores” y estaban en todos los hogares, otras llamadas “maquinitas” poblaban los bingos y las denominadas “computadoras” estaban por todas partes, el tango casi no se oía pero escuche una música rara de un conjunto inglés cuyo nombre homenajaba al dirigible, casualmente un 24 de junio fallecía en un accidente un cantante popular llamado Rodrigo a quien yo había contratado para hacer veinte recitales por todo el país sin que llegara a realizar ni el primero, Nicolás Repetto ya no era político sino conductor de malos programas televisivos, mientras yo iba por mi cuarta pareja y volvía a caer en cana.

Por suerte desperté y hoy vinieron a visitarme dos ángeles, la rusita y la morocha, para hablar de literatura y alegrarme la vida, me dejaron un libro El juguete rabioso, de Roberto Arlt para que compare a su protagonista, un tal Silvio Astier, conmigo, lo leí ávidamente y no encuentro mucha relación, tal vez el sea un fracasado y yo un perdedor, el soñaba con inventar algo, jugar a ser Dios, yo solo pretendo cambiar lo establecido y fundamentalmente yo no soy ortiba, jamás delataría al Rengo.

Realidad

Alberto "Cato" Briones Rojas

Es cruel, dura, triste o tal vez alegre, depende cómo la vivas porque la vida es una constante lucha, ya desde el día en que somos engendrados. Nacemos, crecemos y continuamos luchando y, como en toda lucha, hay victorias y derrotas, para algunos que nos encontramos privados de la libertad, no importa el motivo, estamos en calidad de derrotados.

Pero eso no significa que nos demos por vencidos, porque la lucha por la vida continúa. Y es aquí donde uno aprende a darse cuenta que realmente se equivoca aquél que hace algo, mas aquél que espera no vive la realidad, porque las calles no terminan en una esquina. Por eso:

No te des por vencido ni aún vencido

No te sientas esclavo ni aún esclavo

Trémulo de pavor piénsate bravo

Y arremete feroz, ya malherido

Almafuerte

Siete pasos

Horacio Senet y Rudy Klages

*"Para él son los calabozos,
para él las duras prisiones,
en su boca no hay razones
aunque la razón le sobre,
que son campanas de palo
las razones de los pobres."*

J. Hernández, *Martín Fierro*

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

Siete pasos, siempre los mismos siete pasos. Hacia un lado y hacia el otro. Y la vuelta que no es una vuelta cualquiera, sino una vuelta que da cuidadosamente apoyado sobre la punta de los pies, para no forzar las rodillas y que luego le duelan como las penas del infierno. Por lo menos eso era lo que le había recomendado el traumatólogo cuando lo fue a consultar: “Siempre gire sobre la punta de los pies, así no maltrata a los meniscos”.

Y pensar, el interminable pensar mientras camina automáticamente de pared a pared, pasando siempre por la misma ventana, abierta y cerrada al mismo tiempo: abierta a la noche exterior, aunque cerrada por las rejas que solo permiten que pase el aire y algunos insectos nocturnos.

Noche brava, calurosa, ya estamos en pleno verano. Con cuidado desabrocha los tres primeros botones de la camisa para aliviar un poco la opresión. Pero la opresión está adentro, en su cabeza, en el pensar y pensar en su familia.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

Su mujer estará ya acostada en la cama matrimonial. Sola, muy sola, extrañando esa su presencia grandota y calma a su lado. Ya habrá bañado y acostado a los chicos, listos para empezar mañana un nuevo día de colegio. Extrañara —como extraña él— a la pareja ausente. Esta vida perra que los obliga a dormir separados, por más que mentalmente sigan juntos.

Piensa en sus hijos, un varón y una mujercita. El varón, su vivo retrato: morrudo, de piel mate, ojos oscuros y pelos chuzos, rebeldes, que recuerdan a los ancestros de la provincia. Además de rebelde, vagoneta en la escuela, buen jugador de fútbol y mal redactor de pruebas escritas.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

La nena es el vivo retrato de la madre: rubiecita y blanca como los abuelos gringos que quedaron allá en Misiones. Trabajadora y prolija, la mejor alumna del grado y la que más demuestra lo que

lo extraña. Aunque él sabe bien que, en lo profundo de su ser, el varón necesita de su ser, el varón necesita a su papá mucho más que lo que el machismo adolescente le permite reconocer.

Vuelve a la noche, a esos sonidos de la ciudad de la madrugada, tan distintos de los estruendos que se escuchan durante el día. Una ambulancia que va pasando a lo lejos con la sirena avisando que allá va ella, apurada y con necesidad de correr. La escucha hasta que se pierde en el vago rumor del fondo, casi indescifrable, alguna locomotora que pasa a lo lejos, rumor de autos, el lejano chistido de alguna lechuza.

Mientras, sigue caminando sobre sus suelas de goma, que no hacen ruido. Porque en la cárcel hay un precepto que se respeta siempre: “el sueño del preso es sagrado”. Porque mientras duerme, no sabe que está preso. Y así sufre menos. Por eso, mantiene el silencio.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

Uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete, vuelta.

De pronto se escuchan ruidos nuevos. Allá, por lo hondo de los pasillos, del penal, se escuchan pasos y voces. ¿Ya será la hora del cambio de guardia? ¿Tan pronto se le pasó la noche? ¡Qué bueno que es esto de caminar y caminar! Le evita preocuparse excesivamente por lo que pasa afuera, por su familia, por su destino.

Llega la nueva guardia. Se abrocha los botones del cuello, prepara sus cosas y prolija el uniforme. Saluda brevemente al relevo con un “hasta mañana, muchachos”. Y, finalmente, se va para su casa.

Porque la moneda tiene dos caras. La nuestra también. Pero las dos caras son casi iguales.

Los 200 pesos
Marcelo Spinelli

Era una mañana de noviembre del 2007 y la situación iba de mal en peor, nada era lo que había esperado, por el contrario todo

era de terror. En el juzgado me bicicleteaban con la devolución de una caución a pesar de que ya había pagado con cárcel común y más que común, ya que me tuvieron confinado y ¿el recibido? cual si fuera un animal rabioso inmerecedor de todo trato humano. Sin embargo y más allá de todo, seguía adelante esperando por lo que sería mi inserción social, la cual aguardaba lleno de expectativas sobre lo que pensaba sería mi nueva vida, una vida que siempre había anhelado, la familia, acompañar a mis hijos en su crecimiento y desarrollo, un trabajo digno, poder transitar mi estadía en esta tierra en paz.

Pero nada resultó (no en ese momento) como esperaba.

Te cuento, transitaba yo esa mañana sin un peso, cansado de mis pernoctes en ese parador del Ejército de Salvación Cristiano de la Delegación de Corea del Sur; imagínate, el nombre creo te dice todo; entraba me duchaba, a las 22 hs. a la cama, a las 24 hs. se apaga la luz y a las 8 hs. todos afuera y así todos los días. Si tenía hambre tenía que esperar a la noche para poder utilizar unos cupones que me habían dado también en el Patronato de Liberados, los cuales me servían para uso exclusivo en un pequeño barcito (digo barcito pero no decir sucucho), con los cuales accedía a un plato de comida y un vaso de gaseosa; pero bueno esos son detalles de otro tema.

Como te estaba diciendo, transitaba yo esa mañana cuando me crucé con Enrique, el portero del edificio que está al lado de los chinos (supermercado que se encuentra en la otra cuadra de casa), el cual oficiaba de padrino postizo de mi hermana la finada, quien me regalo \$2, que más otros 70 centavos que tenía en mi bolsillo, era todo mi capital con lo cual me dirigí hacia Constitución esperando ver la mercadería que ofrecían los comercios para revender, lo que pensaba hacer cuando el tribunal me devolviera los \$200 que me retenía. Parece mentira toda una vida dormido y cuando me despierto veía como todos, perdón —casi todos— se esforzaban por hacerme sentir la peor mierda. Pero eso sí, de una manera bien sutil, con mucha prolijidad, imagínate; nadie se iba a escrachar

y mucho menos los hombres justos de la justicia. Pero bueno, la cuestión es que llegue a Conti (Constitución) y empecé a caminar por la calle Salta hasta que, cruzando Brasil, me encontré con un local que vendía de esas cosas que solía comprar yo cuando viajaba en tren o en bondi, a veces porque creía que las necesitaba y otras para ayudar. Eran unos paquetes de pañuelitos corte Carilinas, pero más truchas, las cuales me salían \$2,50 el paquete de 10 unidades, a los que vendería 2 por \$1 y así ganar el 100%, por lo que sin dudar entré y los compré.

Ya una vez fuera del local y con mis pañuelitos me dispuse a dar mi segundo gran paso que era encarar en el semáforo y ofrecerlo a los automovilistas, lo cual empecé a hacer en la esquina de San Juan y Lima, y la verdad es que me sorprendí ya que en menos de 30 minutos los había vendido todos, por lo que me dispuse comprar más y así empecé.

Salía a la mañana del parador, me iba al comercio, compraba más paquetes y me iba para la esquina de siempre. Si hasta jugaba al sindicalista y a la patronal: por un lado me fijaba un horario laboral que contemplaba descanso para almorzar y no mayor a 8 hs. y, por el otro, me fijaba optimizar recursos y estrategias de venta, y la realidad es que todos los días vendía más que el anterior. Qué loco ahora que lo recuerdo, te cuento, lo disfrutaba, era una experiencia nueva, diferente y el hecho de estar remándola desde abajo me generaba una gran satisfacción. Eso sí, también tuve odiseas, como cuando incursioné en la venta en el tren y me quisieron impedir que trabajara sin antes “pedirle permiso” no sé bien a qué personaje y la verdad es no recuerdo bien a quién, por qué, cómo, que me ofendí cuando me lo insinuaron. Imaginate, venía yo no de Vietnam, sino de Hiroshima y Nagasaki, y estos papanatas me querían negar la posibilidad de trabajar. Pobres infelices, les satisfacía el poder decirle a un muchacho que nadaba entre la mierda dispuesto a no renunciar a sus anhelos: “¡¡¡Acá no!!!”, como si el culpable de sus frustraciones fuera yo; pero bueno hay de todo en la viña del Señor. La cuestión es que

corté campo y me fui a la mierda de ese lugar del cual solo guardé la anécdota. Y así se sucedían los días hasta que decidí emigrar y fui a parar al barrio del Once, Bartolomé Mitre y la continuación de Pasco. Eso era otra cosa, había más tráfico y se vendía mejor, con lo cual no tardó en aparecer el señor Oficial a pedir la señora Coima. Bah, él también le decía “permiso”, a lo que lo mande a la señora Mierda, eso sí, con mucha prolijidad y respeto, se ve que ya estaba aprendiendo. Y la verdad es que todo esto no lo pude sostener mucho tiempo más.

Poco a poco el encanto se fue perdiendo y esta mi nueva vida me fue dejando de gustar. Lo intenté, le puse la mejor onda, pero la situación en el parador que ya solo con el nombre te lo podés imaginar sumado a todo lo demás era como estar preso pero en libertad y ni hablar de los “Hombres justos de la Justicia” que aún hoy sigo esperando que me devuelvan mi dinero para poder empezar mi emprendimiento...

Pero sabés qué es lo mejor de todo esto: ¡¡¡sigo despierto!!! Y lo que es mejor aún... “¡¡¡Ahora sí que voy por más!!! Sorry... ¡¡¡Vamos por más...!!!

Farolito

Gastón “Waikiki” Brossio

Farolito, como lo conocían en el barrio, se prepara una vez más para ir a trabajar. Su profesión era ser delincuente, aunque él se denominaba un simple laburante, más allá de lo que la gente opinaba de ese rubro.

Él vivía en un barrio humilde y de precarias condiciones, tenía la edad de 18 años y un frondoso prontuario, pero a él no le importaba las críticas, se sentía útil sobre todo para su familia. Su novia, que tenía 20 años, estaba embarazada de 5 meses y sin saberlo hoy no sería un día como los otros porque lo esperaba un destino cierto

pero a la misma vez impensado para uno que se dedica a ese tipo de trabajo.

Cuando los pibes lo vinieron a buscar esa tarde para salir a chorear, él no se encontraba alegre como siempre estaba. Hoy era un día callado y sin expresión, la vida continuaba para todos pero para el muchacho no sería así. Saludó a su novia, se subió al auto y con total naturalidad dijo: “Arranca que nos fuimos, amigo”. En el coche estaba su amigo de toda la infancia llamado Enzo, su otro compañero era un tal Chori, al cual nunca le tuvo confianza.

Cuando llegaron al lugar del hecho, antes de bajar montó su pistola Browning de trece tiros, su mejor amigo llevaba una ametralladora Halcón, la cual tenía dos cargadores de 36 tiros, y por último el Chori portaba una Ballester Molina 45 mm, con siete cohetes, lista para la acción y para cualquier tipo de enfrentamiento. Cuando bajaron del coche se aproximaron a la fábrica que tenían como objetivo. Sabían que hoy se pagaban los sueldos de todo el mes, a más de treinta operarios que trabajaban para la misma empresa.

Redujeron al custodio y de una corrida entraron en el lugar. “Todos al piso”, grito Enzo, esgrimiendo la ametralladora, y sin previo aviso Farolito se mando para las oficinas, donde se encontró con los sobres de pago que estaban arriba del escritorio. Le llamó la atención una caja fuerte que estaba cerrada. “Qué levante la mano el gerente”, gritó (con expresión fría y calculadora), “¿quién es el gerente, carajo?”. “Soy yo”, sonó una voz temblorosa desde el suelo. “Bueno levántate rápido y abrirme la caja, que solo vengo a buscar la plata, no quiero lastimar a nadie, así que no quieras ser un héroe muerto, te conviene que seas un cobarde con vida.”

El dignificado se levantó y con la llave de la burra encaró para abrirla. “Dale, apúrate que no tengo todo el día”, rezongó Farolito. Mientras se tardaba abriendo la puerta presiente que había demasiado silencio en el lugar. “¡Eh, guacho, ¿pasa algo allí afuera?”, grito él, pero nadie le contestaba. Con más fuerza mientras

no sacaba la vista de la maldita caja, grito otra vez. “Eh, guacho, ¿está todo bien allá fuera?”. Y nadie contesto.

Cuando salió de la oficina se percató que los operarios seguían en el suelo, pero no estaban ninguno de sus compañeros en el lugar. Desesperado corrió para la misma puerta que entraron y se rescató que estaba toda la yuta y nadie le había avisado. Con bronca y desesperación quiso salir por el patio del fondo, cuando un cobani desde el techo le dispara un rafagazo, que lo obliga a meterse rápidamente para dentro de la fábrica. De puro instinto tomo una persona de rehén y quiso salir por la puerta que habían ingresado. Cuando los policías que estaban en posición le gritaron: “Entrégate, flaco, ya está, perdiste, hacela corta y nadie saldrá herido”. “Entregarme, nunca”, grito Farolito y con su pistola descargó el único cargador que tenía para esa ocasión. Los policías se escondieron en sus patrulleros y no salieron hasta que terminaron los disparos. Con la pistola sin balas se metió con el rehén para dentro, el pobre chico y sin saber qué hacer se dirigió a la oficina de nuevo.

“Un teléfono”, grito con voz desesperada. Y se propuso llamar a su novia por última vez.

Sonó el celular de ella y una voz del otro lado le dijo “Soy yo, amor, ¿qué paso?, le contestó la mujer toda asustada, “Nada, corazón, solo que no voy a llegar a casa esta vez”, “¿Qué pasa? Contame, ¿estás preso?”, “No, en cana no voy a ir nunca, solo quiero que le digas a nuestro hijo que lo amé hasta el último minuto de mi vida, chau, cuidate”, “Pero, amor, amor”, dijo ella cuando ya no había nadie del otro lado del tubo.

Sin pensarlo tanto, Farolito con su arma en la mano encaró para la entrada, donde lo esperaba un grupo impresionante de policías. Con los ojos al cielo salió con su pistola sin bala y apuntó para tirar, pero esta vez los polis lo primerearon y lo llenaron de tiros como a un polígono de fuego. Y tirado en el piso suspiró, mientras su espiritad se elevaba.

El trabajo de Anselmo

Pablo S. Pérez Brown

Desde muy chico Anselmo supo que debía ganar dinero, y supo cómo hacerlo. Era aún un pequeño que estudiaba en la escuela primaria cuando cometió sus primeros robos. Su infancia transcurría en un antiguo barrio, de calles empedradas, lleno de casas antiguas, muy grises, que se alternaban con el brillante colorido de los conventillos. En ese barrio, lleno de gente que lo miraba con aire extraño y desdeñoso, fue creciendo y llegó a la adolescencia, etapa en la que sus padres lo empujaron a la búsqueda de un empleo, ya que andaba mal en la escuela y ellos consideraban que debía hacer algo.

Por ese entonces Anselmo comenzó a deambular desde temprano a la mañana pululando por una ciudad llena de caras extrañas, con el absurdo propósito de conseguir algo que interiormente sabía nunca conseguiría, pero sin embargo allí andaba, llegando a lugares en donde debería realizar entrevistas, de las cuales huía antes de que le tocara el turno.

Asistió a cursos de venta que se realizaban por lo general en lujosos salones de hoteles céntricos, pero jamás salió a vender, ni libros, ni vacaciones de tiempo compartido, ni fabulosos artículos de todo tipo, que le “vendían” primeramente a los futuros corredores, y donde lo único que Anselmo aprovechaba eran los refrigerios brindados después de las charlas sobre cómo vender el producto.

Entonces de tanto caminar, empezó a llegar a lugares en donde gente de todo tipo frecuentaba o vivía, como ser plazas, conventillos, casas tomadas, etc., y donde no lo marginaban, sino que por el contrario, lo aceptaban y era bienvenido.

Esta gente era considerada de la peor calaña, había vagos, prostitutas, travestis, ladrones, marineros en descanso, y toda una serie de chicos y muchachos que aprendían de estos los malos oficios y costumbres, a la vez que les servían de mandaderos.

Fue en uno de esos conventillos en donde conoció al Turco Jacobo, y al Flaco José Luis.

El turco era un morocho grandote, algunos años mayor que él y provenía de una madre que se preocupaba de sus andanzas, pero sin el poder suficiente como para contenerlo y mucho menos conseguir que le hiciera caso, su padre era un eterno marinero que siempre estaba en exóticos puertos y alguna vez al año llegaba por un par de días a la casa del conventillo y los proveía de hachís, LSD, y alguna que otra bebida extraña de algún país nórdico.

Por su parte el flaco José Luis, también era mayor que él. Tenía pinta de sufrir de hambre crónica, pero era sagaz y ladino como pocos, era una porquería de persona pobrecito. Se había criado solo después de que su padre, golpiza mediante, habiase separado de su madre y escapó hacia Brasil, dejando a la madre con una hermana pequeña del flaco, que sin más huyó también de la casa materna para alquilar un cuarto en otro conventillo peor mirado que el del turco, ya que no moraban en el familias, sino solo hombres solos y no de una excesiva buena reputación.

Fue el mismo flaco José Luis el que una tarde, después de fumar unos porros, les propuso al Turco y a Anselmo realizar su primer “escruche”. Anselmo aceptó de inmediato, dada su ansia de aventura y afición al riesgo.

Se trataba de un gran almacén mayorista de un barrio aldeaño, en el que, además de dinero, podrían sacar mucha y muy variada mercadería que luego venderían a los contactos que José Luis tenía.

Es inexplicable la gigantesca emoción que sintió en ese momento, y ni hablar de la vibración que sintió esa noche mientras llevaban a cabo el atraco.

Durante la tarde, el flaco José Luis los había puesto en conocimiento de algunas premisas básicas que debían respetar, como por ejemplo, la más importante: la de no hacer ruido una vez dentro del local, la de poner en bolsa de residuos la mercadería que sustraerían, y la de mantener una presencia que no resultara

sospechosa a algún transeúnte ocasional, o a la “lancha” de la policía, si llegaban a cruzársela.

Luego les habló del local propiamente dicho. Debían sacar algunos de los pequeños vidrios del ventiluz, dejarlos cuidadosamente apoyados contra un árbol y seguidamente, y previo aviso del mismo José Luis, que haría de campana, introducirse, primero el turco, al que Anselmo debía hacer pie para que suba, dado que su contextura era más gruesa, luego treparía él.

Una vez adentro se dirigirían a la caja registradora y luego de abrirla con un destornillador y sacar la plata, comenzarían a embolsar la mercadería más cara y más fácil de reducir.

Embolsaron todo tipo de bebidas importadas, cigarrillos, y algunas prendas de ropa de primera marca, muy cara.

Cuando ya tenían cerca de cinco o seis bolsas, uno de ellos (el Turco) se asomó a la vidriera del local y vio al flaco José Luis apoyado en una parada de colectivos y, según la señal convenida consistente en dos chispazos de encendedor, él se acercaría, de no haber “moros en la costa”, y comenzaría el traspaso de las bolsas hacia fuera.

Cuando terminaron esta tarea y salieron por donde habían entrado, lo difícil fue conseguir un taxi que aceptara llevarlos al barrio con esas bolsas de basura, y siendo tres muchachos, de los cuales dos estaban sucios y transpirados.

Grande fue la alegría y el festejo ese día, o mejor dicho, esa noche, durante el reparto del botín en dinero en la sucia pieza del flaco José Luis. Abrieron una botella del mejor whisky y se reían a carcajadas contando las incidencias del hecho realizado.

Pasado este momento, se pusieron a hacer cuentas sobre el posible precio que obtendrían del resto de lo robado y, a la mañana siguiente, habiendo apenas descansado un rato, ofrecieron lo robado a los conocidos del flaco, obtuvieron una bonita suma para cada uno.

Ese recuerdo perdura en la mente de Anselmo, como la sensación de grandiosidad que produce ser el dueño por unas horas de

los lugares que son profanados por el ladrón, y luego el gozar de la impunidad del hecho consumado; de la victoria.

Así continuó la vida de Anselmo durante algunos años, que a su edad ya tenía todo lo que podía aspirar a tener un muchacho de su edad, pero de una clase acomodada. Tenía motos, autos, ropas caras y siempre dinero en el bolsillo, que gastaba con sus amigos y con sus cuatro hermanos menores, sin que se enterasen sus padres.

Pero como todo lo que empieza termina, y un día le tocó perder. Por una falla en la sincronización de los movimientos pautados, el flaco se dio a la fuga del lugar antes de dar aviso cuando ya estaban casi rodeados por varias patrullas de policías; y el Turco alcanzó a escapar por los fondos del local que habían intentado robar, quedando él solo a merced de la policía.

Conoció entonces el instituto de menores, pero fiel a sus códigos, y soportando torturas físicas y psicológicas de parte de la policía, mantuvo el silencio sobre quiénes lo acompañaban en el hecho y el juez lo mantuvo un tiempo preso.

La cuestión es que soportó tres meses de reclusión, y pensó mucho, y se asustó de creer que sería mucho más prolongado el encierro.

Le pareció tan horrible pasar por esa situación que en ese momento se juro que “nunca más”, que “desde ahora iba a hacer las cosas bien” y salió creído de que haría caso de su promesa, pero al cabo de un tiempo de volver a deambular por una ciudad vacía y ausente, se volvió a plantear la posibilidad de lograr un buen pasar económico, una vida holgada, cómoda, llena de los placeres que se pueden conseguir con dinero, un rato de estadía en ese paraíso reservado a unos pocos en este mundo.

Al poco tiempo de salir, Anselmo cumplió con el servicio militar obligatorio, y en esa suerte de encierro, aunque más leve, tomo la decisión de que si debía arriesgarse en el futuro, y eventualmente sufrir más encierros, no sería por “giladas”, que se haría un ladrón profesional, aprendiendo las técnicas de apertura de cajas fuertes, de desactivación de alarmas, y del manejo de armas, hasta el punto de calcular incluso como minimizar los riesgos y aumentar las

ganancias, eligiendo cuidadosamente sus objetivos, estudiándolos, y realizando los trabajos en forma limpia y sin errores.

Para esto aprendió varios oficios, como el de obrero de la construcción (aunque en su caso era obrero de la destrucción); también aprendió de electrónica, de cerrajería y hasta de la misma policía que tanto odiaba, aprendió a dominar situaciones con gente a la que controlaba por medio de las armas, llegado el caso.

Obviamente fue progresando, conectándose con gente de ese ambiente, y llegó a obtener grandes botines que le permitieron pasar por largos períodos de descanso y vacaciones en hermosos lugares, que le permitían trabajar solo unas pocas veces al año.

En esos años era uno de los mejores, lo venían a buscar distintas bandas, y se creía en el cielo, por así decirlo, se creía imbatible.

Solo una vez estuvo a punto de abandonar todo por amor. Fue cuando conoció a Isadora, una muchacha que se había enamorado de él y que le enseñó cuán fuerte puede ser un sentimiento cuando es verdadero y sincero. Pero, a pesar de haberlo intentado, Anselmo era aún un poco inmaduro, debido quizás a haber cumplido casi siempre sus caprichos sin mayores obstáculos, y finalmente se separó de la buena de Isadora, sabiendo que sería lo mejor, no para él, sino para ella, que era una chica normal en cuanto a su trabajo y demás ocupaciones, y aunque el romance fue apasionado, al cabo de unos seis meses Anselmo partió hacia las costas del Brasil, dejando a su amada, y si bien sufrió mucho esa decisión, él cree que lo hizo por bien de ella, y eso le apacigua el alma.

Hoy en día Anselmo se encuentra pagando sus errores, su soberbia, pero de lo que se da cuenta es de que habiendo querido salir del sistema impuesto, establecido por los que lo marginaban de pequeño, no hizo más que formar parte de él y que, sin duda, él fue un trabajador más, solo que usaba los oficios que había aprendido de una forma muy peculiar.

A modo de cierre

La lectura como eje aglutinador siempre fue la pieza fundamental del espacio del Taller de Narrativa. Como ya contamos, la escritura se abrió paso desde el primer encuentro, dejando en claro una vez más la preexistencia y la permanencia del par escritura-encierro. Pero la lectura, el acto de lectura, nunca dejó de ser el pilar de los encuentros; la lectura en voz alta con la que comienza cada encuentro pone a cada uno de los participantes en pie de igualdad para poder trabajar luego con ese material leído. Más aún, en los años que le siguieron al primero, cuando se obtuvo el permiso para que los no universitarios pudieran asistir como alumnos a los talleres, produjo un cambio rotundo en la configuración del taller. En primer lugar, los cursos aumentaron la cantidad de inscriptos, y la alta rotación de asistencia dependiente de la bajada hace aún más imprescindible la práctica de comenzar cada encuentro con la lectura en voz alta del material elegido para trabajar ya que, como los participantes no son siempre los mismos, muchas veces se dificulta la continuidad temática entre un encuentro y otro. La lectura inaugural de cada encuentro no solo

pone en igualdad de condiciones a todos los participantes, sino que también brinda la posibilidad de poner sus lecturas en el centro de la escena y relevar experiencias, orígenes y puntos de partida desde los cuales los participantes están generando esas lecturas y no otras.

En el capítulo de *El último lector* dedicado al Che, Piglia usa la alegoría del intelectual moderno, aquel lector despreocupado de la vida mundana que dispone de tiempo —variable capitalista por excelencia— y puede decidir qué hacer con él. Lo contrasta con la figura de Ernesto “Che” Guevara lector para pensar el acto de lectura del lado de la acción —acción política— poniéndolo en la serie literatura-vida / literatura-experiencia, lejos de la pasividad que presupone el acto de leer como hecho burgués. Piglia lee al Che Guevara lector, usa su anecdotario, leído en sus diarios, en el ejercicio de sacar la lectura de los ambientes cerrados, silenciosos y distendidos, para llevarla al medio Sierra Maestra.

Llevamos ese capítulo al cierre del taller del primer año con la intención de reflexionar sobre el lugar de la lectura, sobre todo en el pasaje de sacarla del lugar común que, nosotras creíamos, se compartía en el imaginario, la posibilidad de la lectura para pocos. La idea era problematizar el acto de lectura también y preguntarnos qué procesos se llevan a cabo en la producción de sentido con cada lectura.

Pero nunca nos habíamos planteado la pregunta por fuera del gran círculo sobre el acto de leer y su inmanencia: ¿para qué sirve? Ese fue el giro copernicano que devolvió uno de los alumnos al terminar la lectura. “Yo nunca tuve biblioteca en mi casa, tampoco en el barrio había ninguna. ¿Y si estamos equivocados?”, preguntó, dando cuenta de que la lectura configuraba un mundo que no existía, salvo en su condición de detenido. “Salgo de la cárcel, vuelvo al barrio y en el campo de la acción concreta, ¿de qué me sirve?”

siguió el alumno. Otra vez nos encontramos delimitando el espacio con la propuesta planteada, poniendo de manifiesto el modo en el que se construye hegemonía en el mercado de saberes, en este caso naturalizando el valor de la lectura en sí, aún en el ejercicio de sacarlo del escritorio, el sillón cómodo y la luz adecuada que nos proponía Piglia en la reflexión inicial del capítulo.

El punto no es responder la pregunta, sino dejar al descubierto la paradoja. Esta pregunta del “¿para qué sirve?” condensa a la lectura en tanto acción de revelar lo que se ha perdido. No tanto lo perdido en el texto como lo que persiste en el lector. Esta es la operación de lectura que hizo este alumno, mostrar su pérdida, su barrio, su territorio de acción. La parábola que se describe en una sola pregunta como respuesta a este texto dibuja el camino de libertad. Un alumno que inició su educación formal dentro de los márgenes del sistema penitenciario, tanto el secundario como las carreras universitarias que cursa. Así, hay un movimiento desde la supuesta periferia: el barrio de origen y el sistema penitenciario, hacia el centro: la figura de lo intelectual y lo académico encarnado en él mismo como lector. Este nuevo lector desandarà el material que la universidad le dio para, desde ese mismo lugar, problematizar el valor intelectual de la lectura en la pregunta “¿para qué sirve?”. Esta pregunta queda en el aire, como un modo de apropiación y punto de fuga posible.

Agradecimientos

Queremos agradecer muy especialmente al amor y compromiso contagioso con el que Juan Pablo Parchuc y Silvia Delfino llevan adelante este trabajo. A las compañeras talleristas Inés Ichaso, Luisina Abrach, Gabriela César, Florencia Beltramo y Laura Arnés. A quienes siguen hoy a cargo del taller: Lucas Adur y Julia Satlari.

A todos los compañeros del Programa de Extensión en Cárceles, en especial a nuestras editoras Ana Lucía Salgado y María José Rubin. A la Secretaría de Extensión Universitaria de la Facultad de Filosofía y Letras. A Pilar Popovici, la alumna que realizó su pasantía trabajando en este el libro.

A todos los invitados que pasaron por el taller, entrando el afuera con tanta generosidad: Laura Meradi, Sergio Olguín, Leo Oyola, Omar Jadur, Lautaro Delgado, Eduardo Pinto, Bruno Giachetti y Agustina Tamborini de La Macedonio y a Miguel Rep por su dibujo. A María Medrano, Cynthia Bustelo y a las compañeras de Lunas Cautivas. A Lucía Tennina y a todos los artistas de los márgenes de San Pablo que nos trajeron los *saraus* al CUD.

A los coordinadores de la carrera de Letras del CUD: Cacho, Waikiki, John, David, Maikel.

Y por el tiempo compartido, por lo que nos enseñaron, queremos agradecerles a todos los alumnos-autores de este libro: Alberto “Cato” Briones Rojas, Gastón “Waikiki” Brossio, Mariano Clares Sánchez, Carlos Fleishman Culqui, Fabio Galante, Alan García Zumaeta, Rodolfo “Rudy” Klages, Juan Carlos Pérez, Pablo S. Pérez Brown, Rodolfo “Cacho” Rodríguez, Vicente Sánchez Aguilar, Horacio Senet y Marcelo Spinelli.

Las autoras

Luciana De Mello

Estudió la carrera de Letras, en la Universidad de Buenos Aires. Ha escrito colaboraciones para la revista *La mujer de mi vida* y el diario *Tiempo Argentino*. Desde 2007, escribe en los suplementos "Radar" y "Radar Libros" del diario *Página/12*. Dicta talleres de narrativa y, en 2016, publicó *Mandinga de amor*, su primera novela. De 2011 a 2014, coordinó junto a María Elvira Woinilowicz el Taller de Narrativa del Centro Universitario Devoto (CUD). Forma parte del Programa de Extensión en Cárceles (PEC) de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

María Elvira Woinilowicz

Estudió las carreras de Comunicación Social y de Letras, en la Universidad de Buenos Aires. Es editora y lectora para diversas editoriales (Norma, Atlántida y Planeta, entre otras), y trabaja en el diario *Página/12*. Desde 2011, coordina el Taller de Narrativa del Centro Universitario Devoto (CUD), y forma parte del Programa de Extensión en Cárceles (PEC) de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

